



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

INSTITUTO **HCS**
DE INVESTIGACIÓN
HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

UNIVERSIDAD AUTONOMA DEL ESTADO DE MORELOS
INSTITUTO DE INVESTIGACION EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

REPRESENTACIÓN DE LA INFANCIA EN LA LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO
XIX

TESIS
PARA OBTENER POR EL TITULO DE LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA
VÍCTOR REFUGIO HERNÁNDEZ VERGARA

DIRECTORA DE TESIS
DRA. BEATRIZ ALCUBIERRE MOYA

CUERNAVACA, MORELOS 08 DE MAYO DE 2024

**Este trabajo de tesis es resultado del *Proyecto de Ciencia Frontera 319272*
apoyado por el CONACYT en el año 2022.**

Índice

INTRODUCCIÓN.....	4
CAPITULO 1. Sexualidad y moralidad.....	13
1.1 <i>Chucho el Ninfo</i> , el afeminado literario más famoso de México del XIX.	15
1.2 La prostitución y las novelas.	28
1.2.1 “Esa dulce pasta que llaman carne los teólogos”	31
Conclusiones.	41
CAPITULO 2. CRIMINALIDAD.	43
2.1 Vagancia.	48
2.2 Robo.	52
2.3 Precocidad, el niño criminal o víctima.	55
2.4 Asesinato.	58
Conclusiones.	62
CAPÍTULO 3. TRAGEDIA.	66
3.1 Calle o educación, de huérfanos y abandonados.	66
3.2 De trabajadores y aprendices. Entre el trabajo forzado y la “esclavitud”.	83
3.3 Accidentes y suicidio. Los niños y su trágico final.....	96
Conclusiones.	105
CONCLUSIÓN.....	107
Bibliografía.....	111

INTRODUCCIÓN.

La presente tesis aborda de manera exhaustiva la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX, explorando su importancia en la construcción de la identidad cultural y social de la época. Este trabajo investigativo surge de la necesidad de comprender cómo se articulan las visiones y concepciones de la infancia en un periodo crucial de la historia mexicana, marcado por cambios sociopolíticos y culturales.

El estudio se centra en un corpus literario diverso que abarca desde la poesía hasta la novela, examinando cómo diversos autores del siglo XIX abordaron la niñez en sus obras. La elección de este enfoque se justifica por la premisa de que la literatura no solo refleja la realidad, sino que también contribuye a construir discursos que influyen en la percepción colectiva de la infancia.

Uno de los aspectos fundamentales de la tesis es la identificación de patrones temáticos y estilísticos en la representación de la infancia. Se analizan las diferentes características atribuidas a los niños en las obras seleccionadas, explorando cómo estas representaciones reflejan las preocupaciones y valores de la sociedad de la época. Además, se examina cómo la infancia se entrelaza con otros temas recurrentes en la literatura decimonónica mexicana, como la educación, la familia y la construcción de la nación.

El trabajo también destaca la función de la literatura como un medio para la transmisión de valores culturales y la formación de identidades. La investigación demuestra cómo los escritores del siglo XIX utilizaron la representación de la infancia para abogar por ciertos ideales morales, políticos o sociales. Se analizan las estrategias

narrativas y retóricas empleadas para influir en la percepción de la infancia, contribuyendo así a la configuración de la mentalidad colectiva.

Asimismo, se examina la recepción y el impacto de estas representaciones en la sociedad de la época, considerando cómo influyeron en la formación de actitudes y comportamientos hacia la infancia. Este análisis se basa en fuentes contemporáneas, como periódicos, cuentos y novelas, que proporcionan una visión más completa de la interacción entre la literatura y la sociedad del siglo XIX en México.

En el análisis de la tesis, se presta especial atención a la diversidad de voces presentes en la literatura del siglo XIX, destacando cómo diferentes escritores y corrientes literarias aportaron perspectivas únicas sobre la infancia. Se exploran las diferencias regionales, de género y sociales en la representación de los niños, subrayando la riqueza y complejidad de las visiones literarias de la infancia en este periodo.

Además, se aborda el contexto histórico y cultural que influyó en la producción literaria del siglo XIX, situando las representaciones de la infancia dentro de los cambios sociopolíticos y las tensiones que caracterizaron a México en ese periodo. Se examinan los momentos clave, como la independencia, las reformas y la consolidación del México posindependiente, para entender cómo estos eventos moldearon las representaciones literarias de la infancia y su significado simbólico.

La tesis, se encuentra con síntesis de la metodología y enfoque interdisciplinario que se utiliza para abordar el estudio de la literatura en el contexto histórico y sociocultural del México del siglo XIX. Si bien el objeto central de análisis es la literatura, mi enfoque

no se limita únicamente a la crítica literaria, sino que se nutre de aspectos fundamentales de la historia y de la cual es la base metodológica de la presente.

Si bien la investigación se apoya en un análisis textual, va más allá al situar las obras dentro de su contexto histórico y sociocultural. Esto implica entender cómo las representaciones de la infancia en la literatura están entrelazadas con los procesos históricos y las dinámicas sociales de la época. Para lograr esta comprensión integral, combino herramientas metodológicas provenientes de diferentes disciplinas, como la literatura comparada, los estudios culturales y sobre todo la historia.

Al adoptar un enfoque interdisciplinario, mi objetivo es ir más allá de la mera interpretación literaria y explorar cómo las obras reflejan y moldean las realidades sociales, culturales y políticas del México del siglo XIX. Este enfoque me permite no solo analizar las representaciones de la infancia en la literatura de la época, sino también comprender cómo estas representaciones contribuyeron a la construcción de identidades colectivas, normas sociales y valores culturales en la sociedad mexicana decimonónica.

La investigación se sitúa en la intersección entre la literatura y la historia y busca ofrecer una visión integral de la relación entre la literatura y la realidad mexicana del siglo XIX. Mediante el análisis textual y el uso de herramientas teóricas y metodológicas diversas, el objetivo es profundizar nuestra comprensión de cómo las representaciones de la infancia en la literatura reflejan y contribuyen a la configuración de la sociedad y la cultura de la época.

La relevancia de esta tesis radica en su capacidad para iluminar no solo la evolución de las representaciones de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX,

sino también su impacto en la configuración de la identidad nacional. A través de este estudio, se ofrece una contribución al entendimiento de cómo la literatura participa en la construcción de imaginarios colectivos y en la formación de la conciencia cultural.

La investigación se propone arrojar luz sobre un aspecto poco explorado de la literatura mexicana decimonónica, destacando la importancia de la infancia como tema literario y su papel en la configuración de la identidad nacional. Este análisis no solo enriquece la comprensión de la literatura del siglo XIX, sino que también contribuye al diálogo más amplio sobre la relación entre la literatura y la sociedad en la construcción de significados culturales. Además, esta tesis se erige como una contribución significativa al entendimiento de la literatura mexicana del siglo XIX, proporcionando una perspectiva integral sobre la representación de la infancia y su papel en la construcción de la identidad cultural. Al explorar cómo los escritores de la época abordaron la niñez en sus obras, este trabajo ofrece una visión de la complejidad de las relaciones entre la literatura y la sociedad decimonónica mexicana.

Esta investigación se sitúa temporalmente desde la publicación de "El Periquillo Sarniento" en 1816 hasta 1921, abarcando un periodo que va desde los albores de la Independencia hasta la consolidación de la Revolución Mexicana. Esta elección temporal responde a la intención de trazar una línea cronológica que permita identificar patrones, cambios y continuidades en las representaciones de la infancia a lo largo de eventos históricos significativos para México.

Desde una perspectiva académica, la tesis se fundamenta en un análisis interdisciplinario que amalgama la crítica literaria, la historia cultural y los estudios sociológicos. La metodología se apoya en enfoques teóricos que permiten una

interpretación más profunda de las representaciones literarias de la infancia, considerando aspectos simbólicos, psicológicos y culturales. Se busca trascender la mera descripción de las obras para explorar las motivaciones detrás de las elecciones narrativas y estilísticas de los autores.

En cuanto a la concepción de la infancia, la investigación no se limita a la etapa de la niñez, sino que amplía su enfoque hasta los 18 años. Esto se evidencia, por ejemplo, en la exploración detallada del personaje de Santa, de la novela homónima de Federico Gamboa. La inclusión de personajes adolescentes y jóvenes permite examinar cómo la literatura decimonónica abordó las transiciones desde la niñez hasta la adultez, destacando la complejidad de la formación de la identidad en diferentes etapas de la vida.

Un aspecto central del análisis es la consideración de la infancia como un constructo social y cultural. La tesis examina cómo las representaciones literarias no solo reflejan la realidad, sino que también contribuyen a la construcción de ideales y normas sociales relacionadas con la infancia. Se explora cómo los escritores del siglo XIX participaron activamente en la configuración de la imagen del niño o joven ideal, influyendo en la percepción colectiva de la niñez.

La infancia, como categoría social y cultural, ha sido objeto de estudio por parte de diversas disciplinas, como la antropología, la sociología y la psicología, entre otras¹. La literatura, por su parte, es una fuente importante para entender cómo se construyen y

¹ Vergara Segura, Selene Itzel, *Representaciones sociales de la infancia en la literatura mexicana de principios del siglo XIX: una aproximación desde la sociocrítica*, Tesis para obtener el grado de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, Baja California Sur, enero, 2021.

se representan las identidades, incluyendo la de los niños. La literatura mexicana del siglo XIX es un período de gran riqueza y diversidad, que abarca desde los escritos románticos hasta los realistas y naturalistas. Durante este tiempo, la infancia fue representada de diversas maneras, desde la idealización hasta la crítica social y la denuncia de la explotación infantil. Por un lado, la infancia fue idealizada en algunos textos literarios, como un momento de inocencia y pureza, libre de los males del mundo adulto. En la poesía romántica, por ejemplo, la infancia es vista como un estado paradisíaco, como se puede observar en la obra de José Joaquín Pesado, quien describía a los niños como “ángeles” que aún no han sido contaminados por el mal del mundo. Por otro lado, mostró la cruda realidad de la infancia en México, especialmente en el contexto de la pobreza y la explotación laboral.

Esta tesis se propone como una contribución sustancial al campo de los estudios literarios y culturales mexicanos, abordando la representación de la infancia desde una perspectiva académica que conecta la literatura con el contexto histórico y social. Al explorar un periodo extenso y ampliar la definición de la infancia, el trabajo busca enriquecer la comprensión de la complejidad de las relaciones entre la literatura y la construcción de la identidad en el México decimonónico.

En el primer capítulo de la tesis se aborda la temática de la sexualidad y la moralidad, respondiendo primero a la pregunta ¿qué es la sexualidad? Y cómo eran los cánones de los roles sexuales. La representación de la sexualidad y moralidad en la literatura mexicana del siglo XIX, con un enfoque en la novela "Chucho el Ninfo" de José Tomás de Cuellar y la presencia de la prostitución en otras obras literarias, es un tema relevante para comprender la manera en que se abordaba la infancia en esa época. La

exploración de cómo estos aspectos influyen en la construcción de personajes infantiles y su desarrollo en la literatura decimonónica.

La novela "Chucho el Ninfo" es una obra que desafía las convenciones sociales al abordar la sexualidad de un niño. El personaje principal, Chucho, experimenta un despertar sexual en una sociedad conservadora que enfrenta el dilema moral de lidiar con la inocencia infantil y la sexualidad emergente. La narrativa ofrece una perspectiva única sobre la construcción de la identidad infantil en medio de tensiones morales y sociales.

En el contexto más amplio de la literatura mexicana del siglo XIX, la presencia de la prostitución como tema recurrente en diversas obras literarias revela una preocupación constante por la moralidad y la exploración de la sexualidad. La prostitución como un fenómeno que afecta la infancia ya sea a través de la exposición directa de personajes jóvenes a esta realidad o mediante la implicación de la prostitución en la vida de los protagonistas infantiles.

El análisis de estas obras literarias proporciona una comprensión más profunda de cómo se representaba la infancia en una época donde las normas morales y sociales eran estrictas. La literatura sirve como un reflejo de las tensiones y contradicciones de la sociedad decimonónica, explorando la complejidad de la infancia en un entorno moralmente desafiante.

Este capítulo contribuye al análisis crítico de la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX al destacar cómo la sexualidad y la moralidad eran temas cruciales que moldearon la construcción de personajes infantiles.

El segundo capítulo de la tesis, titulado "Criminalidad", se centra en la representación de la infancia a través de la exploración de temas como la vagancia, el robo, la precocidad sexual y el asesinato. Este capítulo destaca la manera en que los autores de la época abordan la delincuencia infantil como un fenómeno complejo que refleja las condiciones sociales y morales de la sociedad decimonónica.

En obras literarias como Ángel de Campo y Luis G. Urbina, se presenta la figura del niño delincuente inmerso en la vagancia y el mundo criminal. Estos personajes infantiles son confrontados con la dura realidad de la vida en las calles, llevándolos a involucrarse en actividades delictivas como el robo y, en algunos casos, incluso el asesinato. La narrativa no solo presenta estos actos como hechos aislados, sino que los vincula a las condiciones socioeconómicas y morales de la época, explorando las razones detrás de la criminalidad infantil.

La precocidad sexual también emerge como un elemento clave en la representación de la infancia delincuente. Los personajes juveniles son confrontados con la sexualidad en edades tempranas, lo que añade una capa adicional de complejidad a su desarrollo. La literatura del siglo XIX aborda este tema con sensibilidad, revelando las consecuencias de la falta de guía y protección para los niños en un entorno moralmente desafiante.

Este capítulo contribuye a la tesis al destacar cómo la literatura mexicana del siglo XIX aborda la criminalidad infantil como un fenómeno arraigado en las condiciones sociales y morales de la época. Al analizar obras clave, se revela la manera en que los autores exploran la complejidad de la infancia delincuente, proporcionando una visión

integral de cómo se construían los personajes infantiles en medio de la vagancia, el robo, la precocidad sexual y el asesinato.

El capítulo "Criminalidad" constituye una parte esencial de la tesis al analizar la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX, explorando las diversas facetas de la delincuencia infantil y su relación con las condiciones sociales y morales de la época.

El último capítulo de la tesis, titulado "Tragedia", se sumerge, específicamente explorando los temas de huérfanos y abandonados, los niños que trabajan o son aprendices de oficios, y aquellos que encuentran su desenlace en la muerte o el suicidio. Este análisis revela cómo los autores de la época abordaron las tragedias que afectaban a la infancia, proporcionando una perspectiva integral sobre las condiciones sociales y morales de la sociedad decimonónica.

En obras literarias como *¡Vendía cerillos!* De Federico Gamboa y "La hija del aire" de Manuel Gutiérrez Nájera, se presentan niños huérfanos y abandonados, forjando sus destinos en circunstancias desfavorables. La narrativa explora las dificultades que enfrentan estos niños al carecer de apoyo familiar, revelando las consecuencias emocionales y sociales de la falta de una estructura familiar estable.

El trabajo infantil y la participación en aprendizajes de oficios son aspectos clave que emergen en la representación literaria de la infancia del siglo XIX. Autores como José Joaquín Fernández de Lizardi en "El Periquillo Sarniento" abordan la realidad de niños que se ven obligados a trabajar desde temprana edad, exponiéndolos a duras

condiciones laborales y privándolos de una infancia plena. La literatura refleja la explotación de la infancia en un contexto socioeconómico desafiante.

El capítulo también se adentra en la representación de la muerte y el suicidio infantil en la obra ya citada, *¡vendía cerillos!* De Gamboa. La narrativa revela la desesperación y la falta de opciones para algunos niños, mostrando las consecuencias trágicas de una infancia marcada por la adversidad.

Este último capítulo contribuye a la tesis al explorar las diversas facetas de las tragedias que afectaban a la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX. A través de un análisis de obras representativas, se revela cómo los autores abordaron la orfandad, el trabajo infantil y la muerte, proporcionando una visión completa de las condiciones sociales y morales que definieron la experiencia infantil en esa época.

CAPITULO 1. Sexualidad y moralidad

La sexualidad ha tenido y tiene diferentes funciones que van desde la biológica, que es la reproducción, hasta las socioculturales, que marcan jerarquías entre los individuos y su relación de poder entre dominantes y dominados. De la misma forma y de la mano de la visión religiosa, se puede tomar al sexo como una serie de actividades rituales, para cumplir un propósito específico, sin que necesariamente lo importante fuera la reproducción; y pese a que el sexo es más antiguo que la humanidad, no fue hasta inicios

del siglo XIX que apareció el vocablo “sexualidad”², la sexualidad es un concepto amplio y polifacético que abarca aspectos biológicos, psicológicos, sociales y culturales relacionados con la expresión y experiencia de la sexualidad humana. Incluye dimensiones como el deseo sexual, las prácticas sexuales, la identidad de género, la orientación sexual y las normas culturales y sociales asociadas con el comportamiento sexual.

En el siglo XIX, prevalecían roles de género tradicionales que establecían expectativas rígidas sobre la masculinidad y la feminidad. Se esperaba que los hombres fueran fuertes, valientes y dominantes, mientras que a las mujeres se les asignaban roles más pasivos y domesticados. Las desviaciones de estas normas sociales podrían dar lugar a la estigmatización y la discriminación. El afeminamiento, entendido como la manifestación de características y comportamientos culturalmente asociados con lo femenino, era a menudo estigmatizado en el contexto del ideal de masculinidad del siglo XIX. Los hombres que no cumplieron con las expectativas de masculinidad tradicional podrían enfrentar prejuicios y ser marginados socialmente. La relación entre la homosexualidad y el afeminamiento fue compleja. En muchos casos, la sociedad del siglo XIX asociaba la homosexualidad con características consideradas "afeminadas". La identificación de un hombre como afeminado podía llevar a suposiciones erróneas sobre su orientación sexual y, en algunos casos, a la persecución social.

² Foucault, Michell, *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI Editores, 2003, p. 7.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando los roles de género son transgredidos? ¿quiénes son los responsables de dichas transgresiones? ¿cómo fue la visión de los autores que abordaron el tema en las novelas?

1.1 *Chucho el Ninfo*, el afeminado literario más famoso de México del XIX.

Durante el siglo XIX para la sociedad mexicana la sexualidad solía ser un tema incómodo y complejo de hablar como el tema de la muerte, eran de aquellas conversaciones que se solían (en caso de darse) dar a solas y de forma discreta, más por vergüenza de los que hablan de ello, que por mera discreción. Y dentro de la incomodidad que surge de esta plática, había dos temas recurrentes, que al menos en el siglo que nos atañe en esta investigación, son sumamente mal vistas, una más que otra. El caso más satanizado es el de la homosexualidad, a diferencia de la prostitución, era considerado simplemente una aberración, que llegó a pasar de ser parte de una obra del diablo. A lo largo de la historia, tanto la Iglesia católica como la Iglesia protestante han expresado su desaprobación hacia las relaciones homosexuales. Esta posición se sustenta en dos fundamentos: la visión filosófica de la "ley natural" y los textos sagrados de la Biblia. En la época colonial el pecado nefando era también llamado Sodomía) a una enfermedad mental, en 1886, el psiquiatra alemán Richard von Krafft Ebing incluía en su libro 'Psychopathia Sexualis' la homosexualidad como una "perversión sexual" y le atribuía un origen hereditario, y que aun en nuestros días sigue siendo mal visto por parte de la sociedad.

Como bien sabemos, la literatura mexicana es rica en su exploración de diferentes temas, y la “homosexualidad”³ no es la excepción. Fue en el siglo XIX cuando la temática comenzó a adentrarse en la obras novelescas, de manera lenta y tímida, y la principal obra que tocó este tema en relación con los personajes infantiles fue la *Historia de Chucho el ninfo* (1871) de José Tomás de Cuéllar. No obstante se debe dejar claro que el término utilizado anteriormente, homosexual, en la literatura mexicana (y más propiamente dicho en la novela de Cuéllar) no existe, si bien se tiene entendido que la palabra *homosexual*, surge a mediados del XIX, o por lo menos no como lo entendemos hoy en día, “filológicamente “homosexual” se acuña en la segunda mitad del siglo XIX, en el ambiente médico, [...]. Como las palabras no son inocentes, la [...] designación implicó una impronta taxonómica y psiquiátrica, la búsqueda de un nombre para una ‘enfermedad’”⁴, no obstante tenemos un equivalente, y es el afeminado, hombre que evade el comportamiento masculino impuesto por la norma heteropatriarcal. Coqueto y locuaz como la mujer, pero sin el acto sexual con otro hombre, hay una mayor preocupación por el componente social, cómo se muestra el afeminado ante los demás, enfocándose en su persona física y vestimenta, con cierto grado de obsesión por lo que vestirá en el día, su forma de actuar galante y hasta soberbio, y diestro en el baile. En el aspecto sexual, se sigue manteniendo dentro de la heterosexualidad, pero es justamente

³ Acuñado en el siglo XIX, primero en alemán, *Homosexualität*, por el escritor Karl Kertbeny (1824-1882) quien lo utilizó en una carta el 6 de mayo de 1868 en viada a Karl Heinrich Ulrichs (1825-1895). Un año después la palabra aparecería en un panfleto editado en Leipzig. Tomado de <https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/hechos-y-derechos/article/view/15125/16094>

⁴ Chaves, José Ricardo, “Elaboraciones literarias cultas y populares sobre lo “homosexual” en el cambio del siglo XIX al XX en México” en *Acta poética*, Vol. 26, núm. 1-2, 2005, p. 427, Instituto de investigaciones filológicas, D.F., México.

el quiebre del comportamiento lo que le valdrá burlas y rechazo de cierta parte de la sociedad.

En una sociedad de visión naturalista donde los seres humanos sólo pueden ser hombres o mujeres, salirse de una de estas categorías solamente puede hacerse incorporándose a la opuesta, degradándose, lo que supone, desde el punto de vista imperante, aplicar la violencia a quien transgreda la convención sexual, ya por la cara “benigna” (ridículo, humor, burla, albur), ya por la faz oscura (represión, hoguera, linchamiento, campo de concentración).⁵

Es justo en la descripción del afeminado que se ha escrito en el párrafo anterior (y que se seguirán reforzando más adelante), donde podemos adentrar la novela de Cuellar de *Chucho el ninfo*, pues es básicamente lo que nos describe *Facundo* al inicio y final de su obra.

La novela nos cuenta cómo Elena era una madre sumamente consentidora, al grado de malcriar a su hijo, Jesús, cuyo nombre se debía a que había nacido un 25 de diciembre. No obstante, de las primeras lecciones que la madre enseñó a su hijo, fue el de la limpieza personal y la vestimenta de calidad: “Elena bañaba a Chucho cada tercer día, y antes de vestirlo le ponía en todo el cuerpo polvo de haba aromatizado y le sujetaba todas las noches el cabello con plomos o papelitos para que amaneciera rizado”⁶ seguramente los rituales de limpieza de Elena eran un poco exagerados, pues además de que Chucho había nacido con una gran belleza, su madre se empeñaba a embellecerlo más, de hecho, el autor mantiene una descripción de Chucho a lo largo de la novela como una persona guapa, con facciones finas, niño que aparenta menos edad

⁵ *Ibidem*, p. 428.

⁶ Cuellar, José Tomas de, *Historia de Chucho el ninfo y La Noche Buena*, Editorial Porrúa, México, 2004, p. 84.

de la que tiene. La imagen tierna de niño y guapo y galante de joven, está mezclado con un toque de la imagen femenina.

Una vez que Chucho ha crecido, continuó con ciertos rituales de limpieza y vestimenta, lo cual lo hacía destacar entre los demás hombres.

Era el tal un jovencito como de catorce a diecisiete años, con pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca, y magníficos dientes. Estaba muy bien vestido: su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color lila. El joven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca inadvertidas⁷

Eso justamente le pasaba a “El Ninfo”, no pasó de inadvertido, pues además de su vestimenta, algo que lo delataba aún más como afeminado, era su comportamiento, un comportamiento algo exagerado que Cuellar describe de la siguiente forma:

En sus maneras se revelaba el amaneramiento y el estudio: no cesaba de moverse cual si pesara sobre él la imprescindible obligación de cuidarse, de revisarse a sí mismo incesantemente. Ora se tocaba el nudo de la corbata para cerciorarse de si se le había descompuesto; otra se veía los puños de la camisa para cuidar que saliera lo suficiente más adelante de la manga de la levita, cubriendo la extremidad inferior del guante; ora recorría lentamente, aunque con disimulo, las costuras del guante, por si la seda hubiera podido faltar y desconocerse; ora se arreglaba la barba, después el pelo; ora, en fin, tomaba una actitud que sostenía por largo tiempo, fingiendo estar preocupado con la vista de alguna joven, pero en realidad nada veía.⁸

Como ya se ha dicho con anterioridad, el propio Cuellar no menciona la palabra *homosexual*, pese a que, como ya se señaló, el término apareció en 1869 y que indicaba

⁷ *Ibidem*, pp. 200-201.

⁸ *Ibidem*, p. 203

el gusto sexual de un hombre por otro, además de que dicha palabra no se encontraba en el léxico mexicano. Claro está que esta parte de omitir y/o solo describir el amaneramiento del protagonista responde a la “necesidad” o necesidad de invisibilizar a los hombres que mantenían relaciones sentimentales/sexuales con otros de su mismo sexo, esto pese a que ya se sabía (muchas veces era un secreto a voces) que había este tipo de prácticas, por ende, entendemos que los hombres cultos solo describieran al afeminado, sin describir los actos sexuales. Por lo tanto al afeminado se le identifica por su ambigüedad sexual, y no por sus prácticas sexuales, “por medio de una conducta peculiar para su género, a través de una preocupación desmedida por la propia imagen en términos de vestido, peluquería, cosméticos, zapatos, así como por el gusto por asuntos mundanos pero improductivos, como el baile, la fiesta, la seducción o la lectura. Su conducta, no su gusto sexual, los asemeja al sexo opuesto, a las mujeres: de aquí su "afeminamiento".⁹

Esta problemática incluso llegó a discursos de rechazo por parte de políticos de suma importancia nacional, aún antes de la novela analizada, uno de ellos fue Sebastián Lerdo de Tejada, que al igual que Cuéllar en su texto, critica la feminización, sobre todo de la clase privilegiada:

La situación del México actual (1889) tiene semejanza sorprendente con la Francia napoleónica de 1858: se levantan edificios y fortunas, se improvisan capitales, una fiebre de especulaciones se desarrolla en todos los organismos, una cobarde afeminación subyuga las naturalezas más privilegiadas, se baila, la gangrena es envuelta en seda, la venalidad femenina se paga con ministerios, y la agitación

⁹ Chaves, *Op. Cit.*

nerviosa de todas las clases sociales, letales síntomas, se creen sean otras tantas manifestaciones de vitalidad perdurable¹⁰.

Aunque Cuéllar no solo critica a la clase privilegiada, y en caso de Chucho, al afeminado y del comportamiento de éste a su corta edad, tanto de niño como de pollo o adolescente, sino que la crítica se extiende a la caída de la moralidad, a la falta de autoridad materna en Elena, que provoca estragos en su hijo, y que lo compara con lo liviano del estado: “Elena, en suma, era la madre más mimosa que se conoce; era casi tan consentidora y tolerante como la madre patria, y Chucho asumía la soberanía nacional”¹¹, la crítica va más allá, al punto de una burla o parodia, creando un estereotipo: “Chucho repugnaba la acentuación varonil y combatía en su fisonomía la venida de esas líneas que deciden el aspecto varonil. Chucho deseaba aparecer niño, y una mancha en el cutis la hubiera conceptuado como una verdadera desgracia”¹²

Los que han tenido la oportunidad de escribir, y analizar otros escritos, llegan a plasmar sus fobias y sus filias, pensamientos otorgados o limitados por su propio contexto, y no es de sorprender que Cuéllar haya tomado una postura propia de su época para describir a sus personajes, tanto a aquellos que son moralmente decentes, como aquellos que suponían un problema para la sociedad y las buenas costumbres, lo cual hace que estas descripciones sean el centro de la prosa de Facundo. Es él mismo quien dice lo siguiente: “Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi Linterna [...] en plena comedia humana, en la vida real, [...] pero he tenido especial cuidado de la corrección

¹⁰ Lerdo de Tejada, Sebastián, “Memorias” (fragmento) en Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México: Cal y Arena, 2004.

¹¹ Cuellar, *Op. Cit.* p.7.

¹² *Ibidem*, p. 211.

en los perfiles del vicio y de la virtud: de manera que cuando el lector, a la luz de mi Linterna, ría conmigo, y encuentre en el círculo de los vicios, y en las malas costumbres, o goce con los modelos de virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y la justicia”¹³.

Pero el afeminamiento de Chucho no es lo único reprochable, sino que a la par, su vanidad y ego hacen que, por pura diversión les coquettee a diferentes mujeres, lo que provoca diversos conflictos en la familia de don Pedro María.

Se presentó a la reunión, saludó con desdén a algunos caballeros, con cariño a algunos pollos y con exquisita afabilidad y detenimiento a las muchachas.

- ¿Cómo está usted Leonor? Pero ¡qué pregunta! ¡cómo ha de estar usted! Bien, muy bien, encantadora como siempre.

- Y usted ¡como siempre! Galante.

- Qué quiere usted, hija, yo soy así con el bello sexo [...] ¹⁴

Es tanto el narcisismo de Chucho que disfruta con sembrar discordia en la vida de Mercedes, quien está profundamente enamorada de él, pese a estar casada, aunque su matrimonio ya carece de amor.

[...] Pérez hablaba con Chucho que era el único de los hombres que no jugaba a los bolos, pretextando estar enfermo del brazo derecho, pero en realidad lo que Chucho evitaba era el quitarse los guantes y descomponerse la ropa con ese ejercicio, para Chucho tan fastidioso, de los bolos.

- Te voy a pedir un favor, Chucho.

- ¿Cuál?

¹³ Cuellar, José Tomás de, “La literatura nacional” en *La ilustración potosina*, tomado de la Edición de 1989 de la Universidad Autónoma Nacional de México y Centro de Investigaciones Filológicas (UNAM).

¹⁴ Cuellar, José Tomás de, *Historia de Chucho el ninfo*, p.213.

- Que ni la vista le dirijas a Mercedesitas.
- Ya. ¿dijo algo Carlos?
- no; pero ella está muy afligida.
- ¡Qué tonta! dígame usted que no tenga cuidado, que voy a disimular enamorando a Ernestina.
- Eso es, porque esto de las señoras casadas es muy serio; no te expongas a un lance¹⁵.

Chucho se gasta el día en seducir a las mujeres casadas, le gusta, lo practica como si fuera un deporte, crea caos en el hogar de Mercedes y en el de su hermana Angelita, se burla de ellas y parece gozar de una castidad narcisista¹⁶.

El hecho de que Chucho no sienta atracción por los hombres nos da pie a describir un poco más el afeminamiento. Y es como ya se ha dicho antes, que no se describa el “Pecado nefando” o sodomía dentro de la literatura del XIX, era para invisibilizar, pero de alguna manera mostrar que dichas prácticas se realizaban “en las sombras”, pero la literatura culta que profesaba Cuellar no daba paso a descripciones de tal índole dentro de su obra, por lo tanto, la descripción del protagonista no corresponde al homosexual.

Por lo tanto, el afeminado de la literatura del XIX no se define por mantener relaciones sexuales con otro hombre como ya se ha dicho, sino que se caracteriza por rasgos propios de las mujeres, tales como algunos que ya se han descrito en las páginas anteriores. Además podemos aquí describir otra, el baile, y se describe que el Ninfo comenzó sus estudios desde pequeño:

¹⁵ *Ibidem*, p.217.

¹⁶ Chaves, José Ricardo, *Op. Cit.* p. 430.

Chucho comenzó sus estudios coreográficos y era el centro del grupo de las pollas, quienes, con la confianza que inspira un niño, si bien despierto, le acariciaban tiernamente [...] Refugio [*nombre de su nana*], por su parte, se embelesaba viendo bailar a Chucho; Refugio era con quien Chucho estudiaba de día lo que aprendía de noche.

De manera que sus adelantos en el baile fueron muy rápidos. Este arte exige a sus adeptos ni la rigidez de miembros ni la severidad del guerrero.

[...] Chucho tenía todo esto y entre las cosas que a Refugio le encantaban, eran los pies de Chucho; era un pie de mujer a propósito para el baile, pie gracioso y por sí sólo subversivo y listo.

Chucho tenía veinte compañeras; entre las que se escabulle y charlaba como Periquito entre ellas.¹⁷

Todas estas descripciones, que si bien eran aplicables a las mujeres, lo que los hombres fueran mal vistos, realmente no los aleja de su lado masculino, pero lo que sí hace, que sean degradados, al no considerarlos hombres, sino hombrecitos, poco más que hombres. La masculinidad, virilidad propia de un hombre decae en estos personajes cuando no se les nombra por su nombre, sino por diminutivos o apodos, en el caso de Chucho, desde que era niño su sobrenombre fue “El Ninfo” o “Ninfo”. Por lo tanto, podemos observar que hay una visión de que estos se han quedado atrapados en un infancia, se rehúsan a crecer, a tomar su rol asignado por la sociedad, y se preocupan por cuestiones mundanas como la ropa, los perfumes y el baile, e incluso una falta de libido. Y en la propia novela, aparece un personaje que siempre era nombrado por el diminutivo de su nombre, Pablito, hijo mayor de Don Pedro María y Doña Rosario, que si bien no nos dicen que tiene mismas prácticas que Chucho, se puede notar que él nunca contrajo matrimonio, en el salto temporal de 10 años que nos narran, se lee: “En la casa

¹⁷ Cuellar, *Op. Cit.* pp. 133-134.

de Don Pedro María las cosas habían cambiado también. Angelita se había casado con González y Pablito era periodista”¹⁸, pero de él no se harán suposiciones.

No es mi propósito comenzar la discusión de si el afeminado nace o se hace, más bien lo que quiero es exponer un poco sobre el pensamiento de Cuéllar en cuanto su visión acerca de este tipo de niños y hombres. Para esto, debemos de considerar que Facundo fue un escritor en sumo determinista, un naturalista producto de su época. Al igual que en otras de sus obras, plasma una preocupación por la educación de los niños y jóvenes del país, “[...] la única vía para republicanizar a la sociedad y construir un futuro mejor”¹⁹. En 1809 hay un artículo titulado “La mala educación”, donde un tal Pepito es demasiado consentido en exceso por su nana o pilmama, lo que provoca que este se convierta en un rufián²⁰, este texto pareciera la base de *Historia de Chucho el ninfo*, en el cual, y gracias a los mimos extremos de Elena, Chucho se convierte en un egocéntrico.

La mala educación que da Elena a su hijo es básicamente toda la interacción entre ambos personajes, incluso, uno podría aventurarse a decir que fue la madre la culpable de convertir al pequeño Chucho en un afeminado, pues no solo lo consentía demasiado, sino que también lo sobreprotegía, haciendo que su único y amado hijo solo interactuara con niñas. “Chucho tenía siete años; pero representaba cinco, y estaba aprendiendo a leer en una amiga, porque su mamá temía que los niños de la escuela le enseñaran algo malo a Chucho, lo cual no podía suceder con las niñas. Chucho, sin ser precisamente de la opinión de su mamá, estaba muy contento entre niñas, bienestar a que quedó muy

¹⁸ *Ibidem*, p. 209.

¹⁹ Chaves, José Ricardo, *Op. Cit.* p. 68.

²⁰ “La mala educación. Un cuento moral”, en *Diario de México*, t. X, núm. 1225, 6 de febrero de 1809, pp. 149-150.

aficionado perpetuamente”²¹, y son estas las primeras líneas que nos muestran cómo sería el porvenir afeminado de Chucho, al que se le juntaría el culto a su propia persona, gracias a la devoción de su madre: “Elena creía firmemente que su única misión como madre era darle gusto a su hijo. Las lágrimas de Chucho eran un “úkase”²² para Elena. Chucho llorando, hubiera hecho de Elena una heroína”²³.

De esta misma forma, Elena parecía obsesionada con la imagen física de su hijo, tan fino y tierno, que por alguna razón lo comienza a vestir de mujer, por ello la hipótesis de que Chucho se volvió afeminado, debido a los tratos de su madre:

Elena, no obstante, veía con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban, abandonaba sin dificultad la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba a contemplarlo bajo la forma femenil. Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de mujer. Chucho se exhibió vestido de China.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba a esa transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.²⁴

Esta metamorfosis y estos mimos, y más de que hablaremos después, iban preparándole a Chucho para más tarde el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Ninfo²⁵.

²¹ Cuellar, *Op. Cit.* p. 4.

²² La Real Academia Española lo define como: Mandato arbitrario y tajante.

²³ Cuellar, *Op. Cit.* p. 6.

²⁴ *Ibidem*, pp.

²⁵ *Ibidem* p. 9.

Es en el último párrafo, ya Cuellar nos sentencia el porvenir de Chucho, gracias a la forma en que su madre le gusta vestirlo, el niño, con la inocencia de un propia de su edad y la frivolidad que va aprendiendo, comienza a idear las formas en la su vanidad puede ser saciada, pero eso no lo es todo, pues aparte de todo lo que ya se ha dicho que su madre hace, hay una conversación interesante entre ambos:

Como los niños le hacían mal a Chucho, y las niñas no, Elena procuraba inculcar a su hijo esta máxima:

- No quieras a los hombres.
- ¿Y a las mujeres? -preguntaba el angelito.
- A las mujeres, sí.
- por eso quiero a las niñas de la amiga.
- ¿Y a mí, me quieres?
- A ti no.
- ¿Por qué, mi rey?
- Porque no me compras un coche.
- Yo te lo compraré, encanto mío.
- Pero pronto.
- Muy pronto, mañana.²⁶

El amor de madre se desborda, pero en vez de educar en las cualidades, bien parece que Elena se empeña en darle una mala educación, lo cría en un entorno no apto, además de ello, lo educa con una clara falta figura paterna y donde la imagen femenina no solo abunda, sino que asfixia al pequeño Chucho, claro que eso no significa que sea malo, pero el hecho es que no hay un contrapeso que nivele el comportamiento, ciertamente a veces errático de la madre. A este afeminamiento al que está siendo expuesto, se le debe de agregar a que Elena lo manda a escuelas exclusivas de las niñas,

²⁶ *Ibidem*, p. 8.

y todo lo que Chucho va a prendiendo, lo hace con mujeres, limitando únicamente su contacto con hombres a Pérez, y en el futuro con el general Aguado.

Todas las características que recaen en Chucho, es una manera en que Cuellar, mediante la ridiculización y el estereotipo, la sátira y la crítica de la mala educación, es lo que llevaría al vicio, a la morbosidad y al afeminamiento.

Pero no solo es Cuellar quien mediante la crítica a la sobreprotección de la madre vuelven afeminado a un personaje literario, tenemos el caso del Pensador, José Joaquín Fernández de Lizardi en *El Periquillo Sarniento*, también nos narran y con mayor exactitudes los errores que cometió la madre de Pedro para volver de tal forma.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente [...] se debía de dar al instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdía yo el barrio a gritos [...] si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme a ser soberbio y vengativo [...] Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, fue llenarme la fantasía de *cocos, viejos y macacos*, con cuyos extravagantes nombres me intimidaban cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir o cosa semejante. Esta corruptela me formó espíritu de cobarde y afeminado [...]²⁷

Entonces podemos observar que tanto Cuellar como Lizardi nos dan muestras que el afeminado se hace, y se debe por obra de la sobreprotección femenina, haciendo énfasis en la madre, con sus errores al momento de la crianza, con la madre de Chucho, se podía notar incluso un temor u odio hacia los hombres, que se lo transmitía a su hijo, una sobreprotección y posiblemente (no se va a explorar este punto, no se desmentirá ni se asegurara nada) el deseo de la madre por tener una hija fue proyectado en El Ninfo

²⁷ Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, Porrúa, México, 2001, pp. 25-26.

cuando lo comenzó a vestir de mujer; y con la madre del Periquillo fue, por lo visto una sobreprotección y deseo de que su hijo fuera un una persona de educación, que lo podemos observar al momento de no querer poner a Pedro como aprendiz de oficio.

1.2 La prostitución y las novelas.

La prostitución en América Latina se ha documentado desde las primeras etapas de la colonia. Dentro del comercio sexual, desde el siglo XVI hasta nuestros días hay varias constantes, pero aquí de manera rápida se nombrarán dos; la primera es que sus practicantes han sido mujeres empobrecidas, que han tenido que vender sus cuerpos para poder subsistir ellas y aquellos que depende de estas mismas, mujeres que vienen de los sectores más vulnerables de la sociedad, y la segunda es que el aparato legislador de las diferentes épocas han tolerado la práctica, antes como ahora se les ha marginado, y la sociedad las ha visto con desprecio.

Durante el virreinato se catalogaba dentro de los “grupos desviantes”, no obstante, se le consideró como un mal necesario ya que podía evitar crímenes como la violación o el amancebamiento, además de que servía para que las “mujeres de bien” llegaran vírgenes al matrimonio.²⁸

Corría el año de 1862 cuando el sistema francés de registro de prostitutas fue adoptado en México, y a partir de ese entonces hubo una expansión de este por diferentes partes del país, con diferentes grados de éxito según el contexto de cada ciudad.

²⁸ GONZÁLEZ MARMOLEJO, Jorge René, *et al.*, “Algunos grupos desviantes en el México colonial”, en *Familia y sexualidad en Nueva España*, SEP, México, 1982 (SEP/80, 41), pp. 258-305.

[...] como política de Estado que logró conjuntar saberes médicos, legislativos y administrativos, el llamado “sistema francés” fue tomado como modelo por muchos países europeos y americanos, que basados en la idea de la prostitución como “mal necesario”, y preocupados por la moral, la salud pública y el orden social, lo concibieron como la mejor, si no es que la única opción.²⁹

Si bien con esta medida el Estado pasó a vigilar, controlar y categorizar a las mujeres que se dedicaban a la prostitución, y había quienes argumentaban que el Estado pasó de victimizar a las mujeres de llevar este oficio a culparlas de las enfermedades como la sífilis, perseguirlas y castigarlas y dejar a un lado y/o proteger a los hombres que frecuentaban los burdeles y contrataban a las meretrices, y nombrar al propio Estado como el gran proxeneta.

Fue justamente que a la par del reglamentarismo se dio otro fenómeno, el abolicionismo, que denunciaba que el sistema francés solo abusaba de las garantías individuales de las mujeres, ya sea de aquellas que vendían sus cuerpos como de las que no, en un abuso de poder de las autoridades, quien decidían como debían de vivir sus vidas, como actuar dentro y fuera de sus áreas de trabajo, en un discurso de doble moral, en donde la mujer era juzgada y controlada y el hombre era protegido para mantener el honor patriarcal.

La adopción del reglamento francés a mediados del siglo XIX en México (impulsado y concretado por Maximiliano de Habsburgo en 1865) y en América Latina en general, propició importantes regulaciones debido a que la práctica de la prostitución tomó un aspecto lucrativo, incentivado por la movilidad socio-espacial así como la

²⁹ *Ibidem*, pág. 107.

demanda, además de que dicho reglamento incentivó la profesionalización del oficio, teniendo lugares específicos ya reglamentados y regulados por el estado. En el caso de la Ciudad de México, la expedición de reglamentos a finales del XIX y la primera mitad del XX, los cuales, sea dicho, eran universalizados, lo que impedía aterrizarlos a las diferentes realidades de otras ciudades así como a las experiencias suburbanas y rurales y que no tomaba en cuenta las peculiaridades tales como el uso y la apropiación de los cuerpos femeninos, así como el enamoramiento y el engaño de jóvenes campesinas para llevarlas a las urbes a vender sus cuerpos y el masivo arribo de extranjeras por los puertos de Veracruz, Manzanillo y Acapulco o el secuestro de niñas y adolescentes en el interior del país para ser enviadas a prostituirse en la frontera norte³⁰, hizo que las Zonas de Tolerancia se fueran desplazándose hacia las periferias.

Cabe destacar que, desde la implementación de los reglamentos, hubo detractores de estos, pues veían en ellos pocas bondades, aunado a los movimientos abolicionista europeos, en especial de Inglaterra encabezado por Josephine Elizabeth Grey Butler en 1869, que poco a poco fueron haciendo eco en la comunidad feminista de México. Inclusive, desde finales del XIX los médicos también comenzaron a cuestionar los reglamentos, pues abogaban que las normativas creaban condiciones para evadir su propia aplicación, no obstante, no hicieron hincapié y apenas fue mencionado el abolicionismo.³¹

³⁰ MORENO JUAREZ, Sergio, "Historia de la prostitución y lenocinio en México" en *La Manzana de la Discordia*, Vol. 4, Núm. 2, julio-diciembre, 2019, pp. 206-211.

³¹ BAILÓN VAZQUEZ, Fabiola, "La explotación de la prostitución ajena en México. El inicio de un debate y sus primeras consecuencias legales, 1929-1956" en Elisa y Fabiola Bailón Vázquez (coord.) *Vicio, prostitución y delito. Mujeres transgresoras en los siglos XIX y XX*, México, UNAM, pp. 171-200.

Fue hasta que, en 1909, Carlos Roumagnac con su obra *La prostitución reglamentada. Sus inconvenientes, su inutilidad y sus peligros* comenzó a apoyar el proyecto abolicionista y la abolición de la reglamentación, según él, la reglamentación había suprimido la libertad individual, un derecho que se encontraba por encima de todos los demás. Representó un parteaguas, pues se declaró fiel seguidor del abolicionismo, pese a esto, Roumagnac dijo estar en contra del feminismo que intentaba “nivelar a la mujer con el hombre en todo y por todo despreciando las inflexibles leyes biológicas que marcan a uno y a otras sendas bien definidas”³², lo cual llevó a que su discurso se centrara en las garantías individuales y la condición jurídica de la prostitución y su explotación, dejando a un lado el tráfico de mujeres.

1.2.1 “Esa dulce pasta que llaman carne los teólogos”

En la novela corta de Federico Gamboa, *¡Vendía cerillos!*, si bien el eje central no es la prostitución, fugazmente se toca el tema en el personaje de Matilde, la niña que se volvió inseparable de Sardín. Cuando la niña consigue un trabajo en el servicio doméstico, después de una confrontación entre Sardín y la señora de la casa, Matilde escapa, “Apenábale tener que confesarle [*La señora a Sardín*] la fuga de Matilde, se le resistía, iba a hacerle daño. Pero era preciso, indispensable, y dulcificando las palabras y la voz, le indicó el desastre, esperanzándolo con que tal vez se había marchado para buscarlo a él”³³, pero no fue así, y si bien no se explica si ya había pensado en convertirse en prostituta o cómo llegó a conseguir el trabajo, una vez que Luis la encuentra, ella ya pertenecía a ese mundo:

³² ROUMAGNAC, Carlos, *La prostitución reglamentada. Sus inconvenientes, su inutilidad y sus peligros*, México, Tipografía Económica, 1909, p. 6, 29.

³³ Gamboa, Federico, *¡Vendía cerillos!*, Novelas en Transito, UNAM, México, 2021, p.84.

La vio venir acompañada de otras mujeres hablando a voces, prodigándose epítetos, no todos aceptables [...] Matilde, ligeramente beoda y conociendo su influencia, le habló sin temores y sin asombro, sin el más pequeño pudor, orgullosa de su nueva carrera, de la que cosechaba los primeros laureles, queriendo demostrar a sus compañeras que sabía tanto como ellas, que tenía también un amante indigente que la maltrataría, que le exigiría dinero, que le arrimaría sus palizas de vez en cuando, que la celaría, que darían escándalos y estarían presos y detenidos con frecuencia³⁴.

Esto da entrada a la cuestión de que muchas veces las niñas que llegaban a trabajar en el servicio doméstico terminaban como prostitutas. Las niñas en su mayoría trabajan en el ámbito privado como servidoras domésticas, ya sea dentro de sus propios hogares o en casas ajenas, ya que se veía como nocivo, corruptores, deshonestos y malsanos los trabajos en talleres, fábrica y calles en la Ciudad de México, debido que en estos lugares en donde laboraban hombres adultos y jóvenes, la convivencia con estos podía peligrar la integridad de las niñas y adolescentes, orillándolas al camino de la prostitución. En estos lugares “había poco que las niñas pudieran aprender que las pudiera preparar para ser madres y esposas”³⁵.

La mayoría de las niñas que se adentraban al trabajo doméstico provenían de las zonas rurales, además varias podían ser huérfanas, analfabetas o semianalfabetas, que con suerte cursaron dos años en la escuela, y aquellas que lograban entrar a estos trabajos “escalaban” un poco más dentro de la sociedad criolla o indígena de la sociedad urbana, es por eso, más que por la paga, el servicio doméstico era muy cotizado. Aunque

³⁴ *Ibidem*, p. 85

³⁵ SOSENSKI, Susana, *Niños en acción, el trabajo infantil en la Ciudad de México, 1920-1934*, El Colegio de México, México, 2010, p. 131, tomado de Nasaw, 1985, p. 104.

no todo era bueno, pues además de los malos tratos, el sobre trabajo, y la misera paga, las niñas y adolescentes se tenían que enfrentar a algo todavía peor, el abuso sexual.

Los “patrones” solían aprovecharse de la fragilidad emocional, física y la falta de apoyo familiar de las niñas y de la posición social de la familia dueña de la casa para poder perpetrar el abuso sexual de las menores, mientras que las “señoras de la casa” muchas veces consentían el hostigamiento sexual y que sus hijos abusaran de las sirvientas para iniciar su vida sexual con ellas y evitar ir con las prostitutas y arriesgarse a contraer una enfermedad venérea como la sífilis o gonorrea que eran consideradas como un “lastre social” de la época.

Se debe destacar que el abuso sexual de las menores no solo se limitaba al ámbito privado dentro de las casas donde servían, sino que también se daba en los lugares públicos como las fábricas, talleres, etc. Y también es importante aclarar que no todas las menores eran abusadas sexualmente. Ahora bien, algunas de las niñas violadas comenzaban a recibir dinero por parte de sus violadores después del acto sexual, y si bien no todas las que fueron abusadas a una edad corta desembocaron en la prostitución, muchas de ellas ya sexualmente activas si se dedicaron a la venta de sus cuerpos.

Herberto Frías (1870-1925) dentro de sus relatos describe como es que México es un gran bajo fondo, pues no solo escribió sobre alcoholismo y drogadicción, sino que es uno de los pocos que relata con crudeza la prostitución, no solo de las mujeres adultas, sino también de niñas.

[...] Por ese entonces, corroían a muchas familias ignorantes y pobres hondas úlceras de prostitución. La vida mercantil y libre de un puerto primitivo, tan sobrado de cantinas como falto de escuelas, en pleno bochorno tropical, saturado el aire de fósforo, codicia y lujuria, encendió peligrosas llamas en algunas jovencitas obreras,

en tanto que otras, aún antes de llegar a la pubertad eran vendidas a los ricachones, y que luego a las altas horas de la noche rodaban sus orgías en carruaje abierto, cantando, botella en mano, hoy a sus amantes del momento sus tristes amores y miserias, hoy para morir al fin precozmente viejas, cuando no, ebrias, bañándose en petróleo y se prendían fuego, expirando en el horror de humana hoguera [...] había entonces por aquellas costas próceres faunos pervertidos en el gusto de la fruta verde que pagaban bien a las celestinas bribonas, muy conocidas y hasta celebradas, quienes ofrecían el manjar predilecto, dedicándose a la cría y trata de niñas, con la más fría y terrible naturalidad.³⁶

En este pequeño párrafo nos queda muy claro que la trata de mujeres, y en este caso de niñas, es intrínseco de la prostitución y la pedofilia. Si bien Gamboa en *¡Vendía cerillos! Y Santa* (novela que también tendrá un repaso aunque la protagonista ya tenga 18 años al momento de comenzar a trabajar en el burdel) nos relata de los problemas y complejidades que viven las mujeres al comenzar a vender sus cuerpos, no se puede evitar sentir que la historia está romantizada, aunado a que ambas (Matilde y Santa) tomaron la decisión por ellas mismas, pero Frías nos deja en claro que había niñas que eran vendidas.

De igual forma que los autores anteriores, Frías culpa a la sociedad y su falta o caída de moral:

Pero, preguntarán: ¿de dónde ha brotado el espantable y patético enjambre de pilluelas? ¿De dónde? Había que preguntárselo a nuestra conciencia, si todavía tenemos conciencia, había que preguntárselo al espíritu de nuestra raza, a nosotros mismos. Son nuestras hijas ó las hijas de nuestros hermanos, las hijas de Babilonia, a las que cerramos las puertas de las escuelas y las puertas de nuestros hogares... Son una legión de síntomas y augurios que van cantando por los pomposos paseos capitalinos: «¡Para los ricos sobran queridas, Para los pobres faltan esposas!» Qué heraldos esos pequeños monstruos, y qué remordimientos vivos!³⁷

³⁶ Frías, Heriberto, *Triunfo de Sancho Panza (Mazatlán), continuación de Tomóchic*, CONACULTA, México, 2004.

³⁷ Frías, Heriberto, "Pequeños Monstruos" en *Los Piratas del Boulevard (Desfile de zánganos y víboras sociales y políticas en México)*, Imprenta Andrés Botas y Miguel, 1ª. Calle Bolívar, N. 9, México.

En el mismo texto de “Pequeños Monstruos”, se nos da más detalles de la prostitución infantil, “mendiguillas de cinco años de edad, billeteritas horrorosamente coquetuelas, papeleras que ofrecen con gemidos metálicos y crueles como alfilerazos, las revistas obscenas, niñas prostitutas que á las nueve primaveras son queridas de valentones y asesinos...”³⁸ niñas de la que son orilladas a mendigar o hacer trabajos en las avenidas o en cualquier lugar donde puedan obtener una ganancia, para poder ayudar o darle el dinero a aquellos que la explotan y que sin duda terminarían como prostitutas; “A las niñas pilluelas jamás les falta un centavito, ni dos, con que dar para su pulque al bolero amigo ó al ratero hermano, ó al padre ladrón, ó á la borracha madre (ó á la que como tal la explota)”³⁹ resulta escandaloso la edad en que las pequeñas comienzan con una actividad sexual, pero no por gusto, ya sea como un último recurso o siendo obligadas, muchas veces por sus propios padres o familiares cercanos. Si bien en algunos texto, Frías no hace mención directa a que las niñas mantienen relaciones sexuales, si lo deja implícito, como en el caso de “La niña de la cervecería”:

México se divierte (corrompiéndose) a pesar de todo; a pesar de su mal humor y precisamente por este, y si es verdad que pesa más y más la miseria, el vicio, en cambio enciende más los candelabros de oro ante sus ídolos internos [...] y era de verse en la niña de orla de la rica falda blanca de medio paso, alta aun hasta el tobillo; los lindos pies primorosamente calzados con botas de glasé marrón, comunicando al aire de la marcha cierta insolencia provocativa; el cuerpo delgado, sin talle todavía, el incipiente desarrollo del seno, los amplios vuelos de la blusa de seda escarlata y bajo el ala enorme del sombrero de encaje, una carita pálida, enfermiza, dulce [...] entonces pensé que, en efecto, a pesar de la guerra fratricida de las desgracias nacionales, la Capital se divierte en su corrupción y que las niñas

³⁸ *Ibidem*

³⁹ *Ibidem.*

como esa Stela de los “bebederos” metropolitanos encarna una de las más tristes formas de prostitución moderna.⁴⁰

La novela de Federico Gamboa, *Santa* (1903) se tomará como un reflejo del lado oscuro de la sociedad porfiriana en cuanto a la prostitución, ya que Santa tiene una edad de 18 años al momento de entrar a trabajar al burdel. Realmente la novela no es una reivindicación de la prostitución, sino que hay un argumento de responsabilidad de los personajes de acuerdo con las acciones y decisiones que toman. Refleja la hipocresía de la alta sociedad y del propio sistema reglamentarista. Y si bien la obra trata de dar reconocimiento a la comunidad de las prostitutas, también enmarca la decadencia social y moral que se busca recuperar en el contexto porfirista. Aunque también se puede notar la transculturización de los modelos originales, dando pie a una nueva visión de ética y moral.

En *Santa*, podemos recuperar una visión de la representación de las meretrices de la Ciudad de México, que, si bien tiene tintes realistas de lo que realmente se vivía, no podemos dejar de lado que es una novela que mezcla ficción con realidad y por más apegada que esté de la realidad, siempre habrá una línea divisora que desde el quehacer historiográfico se debe saber no confundir con los verdaderos hechos.

El propio Gamboa llegó a decir: “Santa es la historia vulgar de las muchachas pobres que nacen en el campo y que en el campo se crían en el aire libre, entre brisas y flores; ignorantes, castas y fuertes; al cuidado de la tierra, nuestra eterna madre cariñosa; con amistades aladas, de pájaros libres de verdad, y con ilusiones tan puras, dentro de

⁴⁰ Frías, “La niña de la cervecería” *Op. Cit.*

sus duros pechos de zagala, como las violetas que, a escondidas, crecen a orillas del río que meció su cuna”⁴¹.

Al igual que Cuellar con su *Historia de Chucho el niffo*, Gamboa tiene el estilo del naturalismo, lo que hace que las descripciones de su novela busquen acercarse lo más posible a la realidad de la época, retratando con crudeza no solo la vida de Santa, sino de todos los personajes involucrados, y así como sucedió años antes con Facundo, Gamboa también expone la deplorable moralidad de la sociedad. Santa en su vida en el burdel comienza a perder la tan preciada moralidad del que se engalanan los cultos y civilizados del porfirismo, pero a la par, es justo lo que hace que Santa se vuelva más bella:

Santa embelleció aún más; excesos y desvelos, cual diabólicos artífices empeñados en desatinada junta, en vez de arruinar o desmejorar sus facciones, hermo세ábanlas a ojos vistas, que hasta las palideces por el no dormir y las hondas ojeras por el tanto pecar, íbanle de perlas a la campesina. Los que sí perdía, y a grandísima prisa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él, y por lo pronto que se connaturalizó con su nuevo y degradante estado, es de presumir que en la sangre llevara gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con sus vicios y todo. Rápida fue su aclimatación, con lo que a las claras se prueba que la chica no era nacida para lo honrado y derecho, a menos que alguien la hubiese encaminado por ahí, acompañándola y levantándola, caso que flaqueara.⁴²

Pero algo que resalta más es que Gamboa pone la cuestión de la predisposición genética como un determinante en el actuar de Santa, y que únicamente podía

⁴¹ Molina, Jaime, “Santa, de Federico Gamboa: la redención trágica” en *Cicutrady*, <https://cicutadry.es/santa-de-federico-gamboa-la-redencion-tragica/>, consultado el 23 de noviembre de 2022.

⁴² Gamboa, Federico, *Santa*, Editores Mexicanos Unidos, México, p. 61.

comportarse de buena manera si alguien la educaba, pero su estado natural era el de la precocidad y promiscuidad, rebajando no solo a su protagonista, sino a la sociedad como seres instintivos, con pérdida o disminución de valores que provoca la degradación moral. Por lo que se puede decir que el factor físico y psicológico de la joven tienen un destino que no puede ser más que prostituta una vez que sale de su casa, a lo largo de la novela nos dice que la protagonista es bella y sensual y que acapara las miradas de los hombres, y que aunado a su clase social no le queda más remedio que dedicarse a vender su cuerpo.

Por supuesto no debemos de olvidar que tanto Cuéllar como Gamboa eran partidarios de las buenas costumbres, y que sus obras eran en esencia, textos moralistas, y que en cierto punto cruzan o mezclan estas ideas liberales con costumbres de moral católica:

En la retrospectiva que señala las causas que condujeron a Santa por la vía de la prostitución, sus acciones y conductas iniciales muestran una compenetración total con la naturaleza que se revela como emanación o proyección divina; este orden armónico comienza a alterarse al aparecer Marcelino, el elemento disruptor, cuyos valores y conductas están regidos por las leyes del intercambio. Así, los comentarios “morales” del narrador, más que “enjuiciar” desde una dogmática visión católica, tienden a subrayar y a valorar esa alteración desde la perspectiva romántica⁴³

¿Cómo llegó Santa al burdel de Pepa, la matrona? Después de ser despreciada por el militar que se había aprovechado de su inocencia, y un aborto espontáneo, su madre la corre de su casa, Santa se dirige al burdel, pues ya conocía su existencia y a la dueña, pues se habían conocido en la feria, cuando la joven fue a confrontar a Marcelino. Aunque

⁴³ Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco, *Santa, de Federico Gamboa o la redención artística del naturalismo mexicano*, Universidad de Sonora, Departamento de Letras y Lingüística, en <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero32/santaga.html>, consultado el 18 de diciembre 2022.

si bien si hubo casos de mujeres que fueron enamoradas y engañadas, la mayoría llegaba en busca de un empleo, por lo general en la industria y en el servicio doméstico, debido a su falta de estudios, pues estas eran mujeres empobrecidas y de sectores rurales, y no teniendo apoyo familiar en las ciudades que llegaban, las hacían presas fáciles, Fabiola Bailón escribe lo siguiente:

Su poca preparación, la falta de lazos familiares, los abusos de sus patrones o patronas en el caso de aquellas que se empleaban como domésticas, las consecuencias, las consecuencias derivadas de las decepciones amorosas, los esquemas tradicionales de ser mujer, la demanda de servicios sexuales y el constante acecho por parte de matronas y lenones las hicieron presa fácil de la prostitución, como sucede ahora”⁴⁴

Otras, como Santa, iban decididas a encontrar el empleo, al no tener otra opción desde un inicio, “-Vengo [*al burdel*]- agregó- porque ya no quepo en mi casa; porque me han echado mi madre y mis hermanos, porque no sé trabajar, y sobre todo... porque juré que pararía en esto y no lo creyeron”⁴⁵

Como se mencionó anteriormente, la imposición de la reglamentación proveniente de Francia fue tomada a mal, y por parte de las prostitutas lo que más fastidiaba eran las constantes revisiones médicas, así como el hecho de que aparecieron las clases, es decir, se categorizaba a las mujeres en prostitutas de primera, segunda y tercera, dependiendo de la calidad de salud con la que gozaban y en donde ejercían la prostitución, en el caso de las mujeres que ejercían directamente la prostitución hubo una

⁴⁴ Bailón Vázquez, Fabiola, *Prostitución y lenocinio en México, siglos XIX y XX*, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 31-32.

⁴⁵ Gamboa, *Op. Cit*, p. 26.

rebeldía ante tales imposiciones, pues no estaban conformes en que el Estado, ignorante de su realidad tuviera el control de sus vidas, además de que muchas encontraban indignante las divisiones que el sistema hacía de ellas, el abuso de poder de las autoridades, que podían hacer detenciones de cualquier mujer que sospecharan que se dedicaba a la venta de su cuerpo, fuera cierto o no, la limitación de su área de esparcimiento en su día libre para no ofender a la sociedad, insinuando que ellas no pertenecían a la sociedad, el maltrato por parte de las y los proxenetas, que pese a que estaba prohibido que los hombres estuvieran a cargo de los burdeles, con el sistema de corrupción estos podían sobornar a la autoridad y dejar a una mujer como prestanombres.

Una vez que Santa se volvió a encontrar con Elvira en el burdel, Pepa, la mano derecha de Elvira, dejó entre ver a la novata lo que sucedía una vez que alguna mujer llegaba a aquel mundo y se arrepintiera: “-Guarda tu dignidad para otra, ¿estamos? Lo que es tú, te encuentras ya registrada y numerada [...] me perteneces a mí, tanto como a la policía o a la sanidad. ¡Figúrate si ahora vas a marcharte...! ¡Como te marches a la cárcel! [...] Y nada de lloriqueos ni ridiculeces y desmayos, porque te harán volver a tu acuerdo el comisario y los gendarmes”⁴⁶. Respecto a la autoridad, no estaban capacitados para la tarea, además de que no contaban con la infraestructura, tampoco contaban con el dinero ni el personal policiaco para la vigilancia, y en algunos casos se tuvo que contratar a mujeres policías para las revisiones para evitar los conflictos de intereses personales entre los policías varones y las mujeres prostitutas.

⁴⁶ *Ibidem*. p. 32.

Conclusiones.

La homosexualidad y la prostitución han sido vistas como actitudes desviantes, que no encajan en la sociedad, y quienes corrompían con estos actos eran discriminado, invisibilizados y apartados como frutas podridas para no contaminar a los demás, pero, al menos en el caso de las prostitutas, eran tolerados, a diferencia de los homosexuales, que hubo casos en el escarmiento por su orientación sexual eran encarcelados o exiliados.

En las novelas analizadas, si bien podemos ver situaciones reales, no podemos dejar atrás la idea de que son perspectivas de los autores, si bien ambos liberales, criticaban el modernismo y la decadencia de la moralidad, y sus personajes eran la representación de los males que cernían sobre la sociedad. Entre la sátira y la denuncia social, el naturalismo literario va describiendo, desde la visión de Cuellar y Gamboa, las problemáticas más importantes para ellos. Se puede destacar que ambos hacen una crítica a la elite, Cuellar con los personajes de don Pedro María y su familia, y Gamboa con los hombres de importantes puestos que frecuentan el burdel, teniendo un discurso de doble moral. En cuanto a sus personajes principales podemos ver una diferencia, mientras que Chucho hace sus maldades, su impulso es el egoísmo y la vanidad, un juego que quiere ganar, producto de una mala educación materna; mientras que Santa se ve orillada a la prostitución por falta de otras oportunidades y un rechazo de apoyo familiar, igual forma que sucede con Matilde, la huérfana que vivía en la calle, que quizá ya no podía acostumbrarse a una vida decente trabajando en el sector doméstico, opta a vender su cuerpo.

Si bien ambos se encargan de hacer crecer los estereotipos del afeminado y la prostituta, el final que tienen los personajes son distintos y corresponden a diferencias ideológicas, aunque ambas moralizantes, ya que Chucho termina como un ser que se ha salido con la suya, que logró seducir y destruir a una familia a través de las hijas, sin que hubiera remordimiento por su parte, mientras que Santa tiene una reivindicación mediante la muerte. Aunque en el caso de Matilde, debido a que no se desarrolló el personaje, no se puede saber nada más que llegó gustosa a dedicarse a su nueva vida de meretriz.

CAPITULO 2. CRIMINALIDAD.

La criminalidad infantil en México durante el siglo XIX fue un fenómeno complejo y multifacético que estuvo influenciado por diversos factores sociales, políticos, económicos y culturales. A lo largo de este siglo, México experimentó numerosos cambios y transformaciones, incluyendo la independencia de España, la formación del Estado-nación y la modernización económica.

En este contexto, la criminalidad infantil se convirtió en un tema de preocupación para las autoridades y la sociedad en general. En términos generales, la criminalidad infantil se refería a la participación de niños y jóvenes menores de 18 años en actividades delictivas, incluyendo el robo, la vagancia y el homicidio.

Ahora bien, la interpretación de la infancia, y entendida como un periodo exento de malicia, no era del todo aplicada a los infantes que transgredían las normas de conducta. En el caso de los niños delincuentes -incluso los que carecían de familia y habitaban en las calles y, en ciertos aspectos, todos los niños de las clases populares - , prevalecía una mirada ambigua: se les veía como la semilla de adultos alcohólicos, amorales o criminales, y por tanto como depositarios de la tendencia al mal e, incluso, como actores del mal, pero subsistía la idea de que, como menores, no eran plenamente responsables de sus actos pues carecían de plena capacidad para discernir entre lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, y de conocer la ilicitud o las consecuencias de sus acciones. Así, se trata de una mirada ambivalente, que combinaba la idea de la inocencia infantil con resultados de estudios médicos y psicológicos y con arraigados prejuicios sociales.⁴⁷

Uno de los principales factores que contribuyeron a dichas prácticas fue la pobreza y la exclusión social. Muchos niños y jóvenes se vieron obligados a trabajar desde una edad temprana para contribuir al sustento de sus familias y muchos de ellos no tenían

⁴⁷ Speckman Guerra, Elisa, "Infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884-1910)" en *De Normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina 1850- 1950*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005.

acceso a la educación y a otros recursos básicos, también se debe señalar que una parte de éstos no tenían una familia, y más bien se encontraban en situación de calle, lo cual hacía casi imposible que este sector no entrara en acciones delictivas para su sobrevivencia.

Además, la violencia y la inestabilidad política también contribuyeron a la criminalidad. Durante el siglo XIX, México experimentó numerosos conflictos armados, incluyendo la Guerra de Independencia, la Guerra de Reforma y las intervenciones extranjeras. Estos conflictos dejaron a muchas comunidades y familias desplazadas y desorganizadas, lo que aumentó la vulnerabilidad de los niños y jóvenes a la delincuencia y la violencia.

Otro factor que influyó fue la cultura y las tradiciones locales. En algunas regiones de México, existía una cultura de la delincuencia y la violencia, en la que los niños y jóvenes eran educados para participar en actividades delictivas como una forma de protegerse y sobrevivir en un entorno hostil.

Las autoridades mexicanas tomaron diversas medidas para abordar la criminalidad infantil. Estas medidas incluyeron la creación de instituciones de reforma, como orfanatos y escuelas de reeducación, así como la promulgación de leyes que castigaban la delincuencia infantil. Sin embargo, muchas de estas medidas resultaron ineficaces debido a la falta de recursos y de apoyo social para implementarlas adecuadamente. Para poder analizar el contexto legal, se presentará una serie de artículos de podrán en perspectiva el marco jurídico.

“En 1853 se emitió un decreto en el que se crearon jueces para menores, nombrados por el gobierno federal a propuesta de la Suprema Corte de Justicia, facultados para dictar medidas contra delincuentes y jóvenes vagos. En 1882 se fundó la Sociedad de Beneficencia para la Instrucción y el Amparo de la Niñez desvalida, dedicada a resolver problemas educativos de la infancia.”⁴⁸

En esta cuestión, en 1872 se decretó el Código Penal, que en materia de menores de edad se respetó casi por completo el corte popularmente establecido por la visión en la época porfirista. La primera infancia que iba hasta los 7 años, y la segunda que llegaba a los 12 años en niñas y 14 en niños. Dicha edad que se caracterizaba por un estado de inocencia e indefensión. De esta forma, el Código Penal fijaba los cortes a los 9 años, a los 14 y a los 18. Por lo que podemos leer:

Artículo 127. La reclusión de esta clase será efectiva en un establecimiento de corrección, destinado exclusivamente para la represión de jóvenes mayores de nueve años y menores de diez y ocho, que hayan delinquido con discernimiento.

En dicho establecimiento no sólo sufrirán su pena, sino que recibirán al mismo tiempo educación física y moral.

Artículo 224. Siempre que se declare que el acusado mayor de nueve años y menor de catorce delinquiró con discernimiento; se le condenará a reclusión en establecimiento de corrección penal por un tiempo que no baje de la tercia parte, ni

⁴⁸ Gutiérrez Hernández, Alejandro, *El delincuente infantil. El nacimiento de su tutelaje en San Luis Potosí siglos XIX-XX.*

exceda de la mitad, del término que debería durar la pena que se le impondría siendo mayor de edad.

Artículo 225. Cuando el acusado sea mayor de catorce años y menor de diez y ocho; la reclusión será por un tiempo que no baje de la mitad, ni exceda de los dos tercios de la pena que se le impondría siendo mayor de edad.

En lo que respecta a la determinación de la minoría o mayoría de edad, los redactores del Código Penal de 1871 se adhirieron a las convenciones ampliamente reconocidas. Establecieron tres puntos de referencia: uno a los 9 años, otro a los 14 y el último a los 18. A fin de que un individuo fuese considerado responsable de un delito, es decir, responsable de la transgresión de una normativa penal o de la omisión de lo que esta estipulaba, se requería que poseyera el discernimiento adecuado para comprender la ilicitud de su acción u omisión.

Por lo tanto, el primer umbral se situó en los 9 años, prácticamente coincidiendo con el final de la primera infancia. Se sostenía la creencia de que los menores de esa edad carecían por completo de discernimiento, quedando, en consecuencia, eximidos de responsabilidad y no susceptibles de ser considerados delincuentes. El segundo punto de referencia se estableció a los 14 años, en concordancia con el fin de la etapa infantil según el criterio predominante, así como con la edad de inicio de la capacidad para contraer matrimonio conforme a la legislación familiar. Se consideraba que entre los 9 y los 14 años algunos niños podían desarrollar el discernimiento necesario, aunque no todos, y, por tanto, se sometían a una evaluación de su responsabilidad. Solo a partir de los 14 años se les consideraba plenamente responsables, aunque aún hasta los 18 años merecían recibir asistencia y protección tanto del Estado como de particulares. Además,

estaban sujetos a sanciones menos severas que las aplicadas a los adultos. Se sostenía que no debían ser castigados en las mismas instituciones que los criminales consumados, aunque esta idea solo se aplicó hacia el final del gobierno de Porfirio Díaz.

Así, a los 18 años se establecía el tercer umbral, la mayoría de edad, en el cual se adquiriría plena responsabilidad penal. Esto ocurría poco después que la capacidad para contraer matrimonio y alrededor de la misma época que se adquiriría la capacidad para ejercer el derecho al voto.⁴⁹

De 1800 a 1821 se tiene registro que 130 personas de entre los 12 a 20 años fueron detenidos por delitos diversos, que representa el 27% de los detenidos en dicho lapso de años, siendo así el segundo grupo de personas detenidas, solo por debajo del rango de edad de 21 a 30 años, que representa el 38% de detenciones⁵⁰, todos ellos en la Ciudad de México. Cabe señalar que las estadísticas otorgadas no son un reflejo total de la realidad, ya que pudo haber muchas variantes, tales como la organización para llevar a cabo un delito y en cual no todos los involucrados fueron aprehendidos, o hasta el de hecho de inculpar a inocentes, no obstante son datos que pueden ayudar a visualizar parcialmente el contexto.

“Hace pocos días hablábamos de los niños que beben; ahora, un acontecimiento de actualidad, publicado hace unos cuantos días por los periódicos, nos obliga a hablar de algo tan doloroso como la embriaguez prematura: la criminalidad precoz; los niños que beben y los niños que matan; el anverso y el reverso de esa oscura medalla que esculpe,

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 226-227.

⁵⁰ Lozano Armendares, Teresa, *La criminalidad en la Ciudad de México, 1800-1821*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 120.

en las tinieblas del abismo, la maldad humana.”⁵¹ El texto es un párrafo de “Los niños criminales” de la obra de selecciones de Luis G. Urbina, *Crónicas*, aunque todo el texto de dicho relato podría funcionar sin problemas como introducción de este capítulo. Estos fenómenos que menciona Urbina se presentan como manifestaciones de la oscura realidad que caracteriza la conducta humana, especialmente en contextos adversos, la criminalidad precoz no es más que una descomposición social que permite el surgimiento de conductas delictivas a una edad temprana.

2.1 Vagancia.

La vagancia y mendicidad infantil en el siglo XIX mexicano fue un fenómeno que afectó a una gran cantidad de niños y niñas en todo el país. Estas prácticas eran comunes en la época debido a la falta de empleo y oportunidades para los padres de familia y adultos en general, quienes muchas veces también estaban en la misma situación, así como a la pobreza extrema en la que se encontraba gran parte de la población.

La vagancia infantil se refería a la falta de ocupación o trabajo en los infantes, lo que los llevaba a vagar por las calles sin rumbo fijo, sin una educación formal y sin la guía de un adulto responsable. La mendicidad infantil, por otro lado, se refería a la práctica de pedir dinero o comida en las calles para sobrevivir, a menudo utilizando el chantaje emocional para obtener la ayuda de las personas.

En el siglo XIX, la vagancia y mendicidad infantil eran vistas como una amenaza para el orden social y la moralidad pública. Las autoridades consideraban a estos niños

⁵¹ Gonzaga Urbina, Luis, “Los niños criminales” en *Crónicas*, Prólogo y selección de Julio Torri, Biblioteca del Estudiante Universitario, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, p. 41.

como una carga para la sociedad, y se tomaban medidas para intentar erradicar estas prácticas. En algunos casos, se implementaron políticas de internamiento y encarcelamiento para los niños vagos y mendigos.

Además de las medidas represivas, también hubo esfuerzos por parte de la sociedad para abordar la raíz del problema. Los grupos religiosos y caritativos establecieron asilos y escuelas para niños pobres, ofreciendo educación y capacitación para ayudarles a convertirse en miembros productivos de la sociedad.

Sin embargo, estos esfuerzos eran limitados y no pudieron abordar completamente el problema. La pobreza y la falta de oportunidades continuaron siendo un problema para muchas familias, y la falta de educación y formación profesional dejó a los niños en situación vulnerable.

En la crónica de Luis G. Urbina, “Ve a la escuela” nos narra como un pequeño hace una promesa a su abuela: “¡Hijo, sé bueno; vé a la escuela!”⁵² el protagonista sin nombre, no se observa maldad en no asistir a la escuela, sin embargo, Urbina plasma como el pequeño lucha contra ese sentimiento, nos dice que no hay razón alguno para no ir a clases, solo no asiste:

¡Y sí que iría! ¡Buenos eran los amigos para impedirlo! Nada; ya no más ver la cometa incrustarse, susurrando, en el azul del horizonte; ya no más arrojar peonza sobre el terrado para que su vértigo levante microscópicos torbellinos de polvo; ¡adiós, iris de las canicas: adiós, ave del paraíso de la raqueta! El muchacho va palpando con dichosa fruición, la bolsa de los libros; allí la lleva, en el mismo sitio donde los guerreros y los trovadores de sus cuentos llevaban la espada y el laúd. Ahora sí está seguro; la noche anterior, al concluir el rezo, había preparado la

⁵² Gonzaga Urbina, Luis, “Ve a la escuela” *Op.cit.* P. 129.

lección y casi resuelto el problema de aritmética, planteado, después de larga meditación, por el sabio vejete de la escuela.⁵³

No se menciona que el pequeño sea huérfano, o por lo menos no de madre, tiene a su abuela, y si bien tampoco se sabe de su situación económica, no se puede decir que vive en la pobreza extrema, ya que asiste a la escuela. La crónica de Urbina fue tomada de *Cuento vividos* de 1915, fecha en que la educación aún no era accesible para todos, menos para los campesinos y personas más empobrecidas de las zonas urbanas, y se tendría que esperar hasta 1917 cuando la Constitución promulgara que la educación sería obligatoria para todos los niños y niñas. Volviendo al texto, el niño cae en la tentación y sucumbe a sus pasiones.

Poco faltaba, cien pasos a lo más, cuando de la plazoleta vecina salió una explosión de risas chillantes y de gritos agudos; un traqueteo de chiquillería desenfadada. Y el buen muchacho se detuvo bruscamente, como si algún obstáculo invisible le impidiera el paso. Había reconocido a sus camaradas, a su traviesa banda, a su cuadrilla regocijada. Él era del enjambre, y de pronto, una ola de deseo, viva, furiosa, enérgica, se levantó en su pensamiento [...] ¿Cómo fue que tan pronto se hubiese podido destruir la firme catedral de sus propósitos? ¿Qué soplo apagó el incendio de su fe? ¿Qué viento arrasó la pirámide de sus arrepentimientos? Un instante de indecisión, minuto de angustia, Un combate de titanes en el reducido espacio de aquella almita, y luego... el saludo de un rezagado de la fiesta, los aplausos de bienvenida, la discusión de las excursiones, el ejército en camino, la caravana bulliciosa, corriendo, libre y olvidada de todo, a través de las llanuras sin límites y bajo la serenidad de los cielos.⁵⁴

El pequeño, después de un día de vagancia vuelve a su casa: “[...] el arrepentido, sintió el zarpazo del remordimiento, y tembloroso, mudo, luchando con sus lágrimas rebeldes, al levantar el brazo para tocar la puerta, experimentó sobre su cabeza la

⁵³ *Ibidem* pp. 129- 130.

⁵⁴ *Ibidem*, p.131.

sensación de una caricia suave, y escuchó una voz dulce, suplicativa, con entonaciones de plegaria, que cantaba el tierno estribillo: ¡se bueno, ve a la escuela!"⁵⁵ El texto nos muestra una dualidad entre las responsabilidades educativas y las tentaciones de la infancia, explorando la lucha interna del protagonista y ofreciendo un mensaje moral sobre la importancia de la educación, la vagancia y la tentación de los placeres lúdicos frente a la obligación de asistir a la escuela. La narrativa presenta un momento crucial en el que la determinación del muchacho de ir a la escuela se ve amenazada por la llegada de sus amigos. La explosión de risas y gritos crea un contraste evidente con la seriedad de su propósito. Esta interrupción no solo representa la influencia social y la atracción de la camaradería sobre el protagonista, sino que también subraya la fragilidad de la resolución del niño frente a las distracciones y presiones externas.

La "traviesa banda" y la "cuadrilla regocijada" son símbolos de la infancia y la camaradería. Estos términos transmiten la idea de un grupo unido que comparte momentos de alegría y diversión. El autor podría sugerir que la conexión emocional con los amigos puede eclipsar momentáneamente los propósitos individuales, especialmente cuando la tentación de unirse a la "caravana bulliciosa" se presenta, retomando el punto de la fragilidad y las presiones externas. El cambio dramático en tono, de la emoción y la excitación a la introspección y la lucha interna, destaca la complejidad emocional del personaje. Urbina nos muestra la psicología del niño, observando su temblorosa indecisión y su lucha contra las lágrimas rebeldes. Este cambio enfatiza la profundidad de la experiencia emocional del protagonista y hace que el lector simpatice con sus desafíos internos. El final del texto presenta un mensaje moral claro. La voz dulce y

⁵⁵ *Ibidem*, p. 131.

suplicativa de su abuela, junto con la imagen de una caricia suave de la misma, personifica la influencia positiva de la autoridad moral. La repetición de la frase "¡se bueno, ve a la escuela!" resalta la importancia de la virtud y la educación. A través de esta voz de orientación, el autor sugiere que, a pesar de las tentaciones y distracciones, la elección correcta es continuar con la educación y cumplir con las responsabilidades.

2.2 Robo.

Durante el siglo XIX en México, se registraron varios casos de niños ladrones. Estos niños, generalmente huérfanos o de familias muy pobres, se veían obligados a robar para sobrevivir. Además, el contexto social y económico del país en ese momento, caracterizado por la pobreza, la inestabilidad política y la violencia, propiciaba la aparición de este tipo de actividades.

Uno de los casos más conocidos de niños ladrones en México fue el de los "Pintos", un grupo de hermanos huérfanos que a finales del siglo XIX cometían robos en las calles de la Ciudad de México. Los Pintos se hicieron famosos por su habilidad para escapar de las autoridades, y se convirtieron en una especie de leyenda urbana. Otro caso fue el de "El Chango" García, un niño de la calle que se hizo famoso por sus robos en la Ciudad de México durante la década de 1860. El Chango utilizaba técnicas de distracción para robar a las personas que transitaban por las calles, y se convirtió en uno de los ladrones más temidos de la época. Estos casos reflejan la difícil situación que vivían muchos niños en México durante el siglo XIX, y la falta de protección y oportunidades para ellos.

En cuanto a las estadísticas dadas por Lozano, podemos encontrar que entre 1800 a 1812 se llegaron a detener a un total de 60 personas entre los 13 a 20 años; en 1800

se detuvieron a 2, de ahí se salta a 1805 con 2, 1806 con 1 y 1807 con dos, dando otro salto hasta 1809 se tomó registro de 12, 1810 con 14, 1811 con el número más alto de 21 y en 1812 con 6.⁵⁶ Una vez más este rango de edad obtuvo el 2 lugar de más detenidos, ya que los de 21 a 30, tuvieron un total de 61 detenciones. Lozano también nos dice que “[...] los robos fueron cometidos por personas jóvenes que, por lo general, aunque tenían un empleo, este no era muy remunerativo, ya que por su edad eran aprendices de algún oficio”⁵⁷

Volviendo a las novelas literarias del XIX, podemos encontrar con una escena en particular en “¡Vendía cerillos!”, donde el protagonista, junto con otros amigos de la calle, con tal de comer ese día planean el robo de unos panes rellenos de sardina, “Llevese a cabo el plan con toda felicidad y Luisito diose tales mañas que, con el fin de no despertar las sospechas del mercader con la ausencia de los panes, dejó a éstos en sus respectivos lugares, guardando sólo una provisión de sardinas, suficiente a calmar las necesidades estomacales que los atormentaban”⁵⁸, con dicha hazaña se gana el mote de Sardín, como se ha explorado en capítulos anteriores, en esta novela de Gamboa, la situación de Luis y sus amigos, muchas veces los orillas a este tipo de actos, y si bien por lo general estos niños y niñas se dedican a hacer trabajos diversos por pequeñas remuneraciones, nada les garantizaba que todos los días fueran buenos, así que orillados por el hambre, no tuvieron otro remedio más que organizarse y emprender el hurto de las empanadas. Y si bien Gamboa no vuelve a mencionar a lo largo de su obra otro robo perpetrado por el

⁵⁶ Lozano Armendares, *Op. Cit.* pp.123-124.

⁵⁷ *Ibidem*, p.125.

⁵⁸ Gamboa, Federico, *Vendía cerillos*, pp. 18-19.

grupo de niños, si nos narra al inicio una acusación falsa contra Luis, quien en su inocencia, no encuentra otra alternativa que huir.

En uno de los cuentos de Ángel de Campo, “La mesa chica” (1958) podemos leer cómo son las fiestas o reuniones de la clase media. En esta fiesta, que no se especifica de qué es. A los niños y jóvenes no se les permite sentarse en la mesa grande con los adultos, para ellos se les improvisa una mesa en la azotehuela, se les servía la comida al último. Como es normal, los niños inquietos tratan de levantarse de la mesa para hacer sus maldades. A dos de ellos se les castiga y les expulsa de la mesa: “Pedro y Antonio, enojados porque se les había expulsado ignominiosamente de la congregación de los formales, se aislaban en un rincón, improvisando su mesa en una silla y escondiendo debajo de un viejo tocador el fruto de robos disimulados: rebanadas de queso y de jamón, no pocos pasteles, frutas secas y hasta media botella de coñac.”⁵⁹ Este no es un robo que merezca la encarcelación de estos dos niños, que más que actuar como ladrones, lo hacen como berrinche por haber sido excluidos, que tampoco el autor escribe el motivo.

Continuando con De Campo, en la compilación hecha por Mauricio Magdaleno, *Pueblo y canto* de 1939, tenemos un relato, “Por los llanos...” (Domingo 8 de julio de 1906), realmente nos narra varios relatos, en donde se observa diferentes temáticas que se han estado abarcando a lo largo de este trabajo. En cuanto al robo, un pequeño de once años, su esposa le ha sacado de la comisaría en dos ocasiones, por el robo de

⁵⁹ De Campo, Ángel, “La mesa chica” en *Cosas vistas y cartones*, Porrúa, 1958, México, p. 11.

gallinas; “[...] a quien ha sacados dos veces de la comisaría (*la mujer al menor*) -abigeo de gallinas-”⁶⁰

2.3 Precocidad, el niño criminal o víctima.

Otro aspecto al que se debe de atenderse es del niño y niña precoz, que desde pequeños han sido orillados a una sobre sexualización, que van desde el coqueteo hasta el matrimonio y la consumación de este así como también violaciones. La violencia sexual infantil ha existido, tiene su propia historia, sin embargo, poco se sabe, poco ha sido estudiada, y si bien se tienen relatos, crónicas, cuentos y novelas, el tema sigue estando rezagado.

“Los crímenes contemplados en el Código de 1871 se dividían en diferentes grupos. Los más graves eran los delitos contra la propiedad, las personas y después venían (entre otros) los que atentaban contra el “orden de las familias, la moral pública o las buenas costumbres”. En este título, estaban los delitos contra la continencia (o de incontinencia), que se podían cometer contra niños: el atentado al pudor, el estupro, la violación y la corrupción de menores.”⁶¹

El periódico *El Faro* (1873-1899) fue uno de los principales medios por el cual se llegaban a enterar de los atentados sexuales contra los menores de edad, y no solo de adultos a menores, sino también de menores a otros niños. En cuanto a la literatura, Ángel de Campo en el ya mencionado “Por los llanos...” nos tiene dos relatos, el primero de una niña sin nombre:

allá van un ciego de barbas caprinas [...] remolcado por una chiquilla que apenas contará nueve años [...] y a esa hora, las once de la mañana de un día caluroso, va

⁶⁰ De Campo, Ángel, “Por los llanos...” *Pueblo y canto*, Compilación de Mauricio Magdaleno, Biblioteca del Estudiante Universitario, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991. Las cursivas son mías.

⁶¹ Loera, Pamela, «El atentado al pudor y la violación de niños en México a través del periódico *El Faro* (1873-1899)», *Historia Crítica* [En línea], 86 | 2022, Publicado el 01 octubre 2022, consultado el 07 noviembre 2023. URL: <http://journals.openedition.org/histcrit/550>.

campo traviesa con “su marido”. Sí, señores, con su marido el ciego de profesión [...] que la compró para lazarillo un domingo poco después de la oración [...] y dio por ella a su suegra en amasiato, dos reales en efectivo, una caja de cigarros y tres copas de refino con ítamo.⁶²

En este relato, es muy claro lo que el autor quería denunciar, la compraventa de los menores, si bien no nos especifica la situación familiar de la menor, se puede deducir que se vivía en extrema pobreza, tanto para poder optar por vender a su hija. El hombre que es descrito como un brujo con apariencia de vagabundo, por la falta de higiene, mantiene a su esposa como lazarillo, no obstante, el autor al haber mencionado que es su marido, podemos deducir que el “matrimonio”, que más bien es amasiato, se ha consumado. El otro relato, es la contraparte masculina, de igual forma el menor no tiene nombre, pero igual que la niña anterior, vive en amasiato:

arrastrada vieja [...] tira de la mano a un chiquillo sin sombrero [...] un chiquillo de once años escasos a quien asesta coces y pellizcos, lanzándole al rostro torpes injurias. ¿Será, acaso, un nietecillo ladrón? ¿Un chicuelo precoz que no quiere ir a la escuela? No, es “su hombre”, el hombre que se robó en el mercado de la Merced [...] el hombre a quien le paga las copas, el hotel, la *mariguana* y los cigarros [...] y le paga como un bandido, huyéndose de la casa para hacerle infiel con la del puesto de bofes y pancita.⁶³

Durante el siglo XIX uno de los principales males morales que se pretendía combatir era el de la incontinencia, que según el diccionario *Escriche* de 1851 lo definía como “el abuso de placeres sensuales y toda clase de unión ilegítima entre personas de

⁶² Campo, De, *Op. Cit.* p.143.

⁶³ *Ibidem*, p. 144.

diverso sexo”⁶⁴, como antónimo como podemos encontrar en la Real Academia de la Lengua la definición en 1869 del término continencia: “la abstinencia de los deleites de la carne”, “la virtud que modera y refrena las pasiones y afectos del ánimo, y hace que viva el hombre con sobriedad y templanza”⁶⁵ La salvaguarda de la moral ha sido una preocupación constante en el contexto histórico de México, desde la época colonial, específicamente en el período de la Nueva España. A partir de aquel momento, se inició un proceso de adhesión a los principios y valores cristianos, tales como la familia, el honor, la honestidad, la caridad y la templanza, al mismo tiempo que se condenaron enfáticamente las prácticas consideradas pecaminosas, como la embriaguez, el adulterio, la prostitución, la sodomía, la coquetería, la holgazanería, la vanidad, la envidia y los excesos. Con el advenimiento de la República en el siglo XIX, esta tradición persistió, aunque adquirió una nueva connotación.

En este contexto, el objetivo del Estado liberal consistía en establecer y promover una moralidad secular acorde con las expectativas de la sociedad moderna. Los gobiernos liderados por figuras como Benito Juárez y Porfirio Díaz se convencieron de la necesidad imperante de erradicar de manera radical aquellos vicios profundamente arraigados en la sociedad, considerados como las principales amenazas para el orden social y los intereses de la clase burguesa. Dado que el trabajo se erigía como un pilar fundamental del sistema capitalista, resultaba crucial que la población se concentrara en sus ocupaciones productivas y no cayera en conductas irresponsables que pudieran socavar dicho sistema, “En este contexto, la violación y el atentado al pudor eran vistos

⁶⁴ Escriche, Joaquín, *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia*, Librería de Rosa, Bouret y Co., 1851, París.

⁶⁵ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana por la Academia Española*, Imprenta de Don Manuel Rivadeneyra, Madrid, 1869.

y descritos como una forma de abuso del deleite natural de la carne [...] La incontinencia era peligrosa en dos niveles, y los primeros afectados eran los niños.”⁶⁶

Respecto a las repercusiones derivadas de la agresión al pudor y la violación, sus efectos se manifestaban en un período próximo al incidente. Las niñas que se veían involucradas en tales actos sufrían consecuencias permanentes, experimentando una afectación de por vida que limitaba sus capacidades para desempeñar roles exitosos como esposas y madres. Tanto los procuradores como los defensores coincidían en que una niña que hubiera sido deshonrada “despertaba bruscamente del sueño de la inocencia”, caía “de improviso en el abismo de la impureza y la corrupción”, y perdía la oportunidad de “llenar de perfumes el pobre hogar de un esposo feliz”⁶⁷ Las observaciones acerca de los niños igualmente insinúan que estos quedaban corruptos, ya que se sostenía la creencia de que estos quedaban susceptibles a involucrarse en actividades delictivas y conductas de pederastia.⁶⁸

2.4 Asesinato.

Las minúsculas Dolores canturrean destemplado són, cuando una voz de rapaz, irritada, grita:

-¡Ésa es trampa y no se vale! ¡Fi!

-¿Es trampa? ¿lo sostienes?

-Es trampa. Lo sostengo. ¡No me asustes, marica!

-¡Fabian, que guardes ese cuchillo! (*Voz femenina.*)

-¡Nicolás, cierra esa navaja! (*Otra voz femenina.*)

-Atrás las mujeres, y no se metan en cuestiones.

-¡Dejarlos, que de una vez se den gusto! (*coro de hombres*)

-¡Toma! (*jadeando*)

-¡En los higados! (*Acudiendo al que se desploma.*) ¡La de malas! ¡Nicolás, contesta!

¡Nicolás! ¡Yo te hablo! (*La viuda*)

⁶⁶ Loera, *Op. Cit.* p. 44.

⁶⁷ *El Foro*, sección Jurisprudencia Criminal, 7 de septiembre de 1873.

⁶⁸ Vázquez García, Francisco, *Pater infamis. Genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2020.

-Irse todos poco a poco y avisarle al viejo; yo le pegué, y yo me quedo con él. Si no voy a casa esta noche, tú, Inocencia, ya sabes dónde estoy, o en la cárcel o en el atrio (*escupe y frunce el entrecejo*)

El dramita, la tragedia infantil con riña y herido de muerte, en el fondo de una zanja, ¡entre chiquillos irresponsable y mujercitas impúberes y ya sin alas blancas! Como engendro de los llanos que rodean a la ciudad -el natural refugio de todas las basuras, de todo lo que tiran las gentes y de todo lo que las madres abandonan...⁶⁹

Con este relato concluye Ángel De Campo “Por los llanos...” en donde ha narrado la pelea de dos niños derivado de un juego, no nos dice a qué estaban jugando, pero lo que nos narra es el desarrollo de la discusión y el asesinato de Nicolas por Fabián. Rodeados de más niños, el asesino acepta lo ocurrido y sabiendo cuál sería su destino. A través de la narrativa de De Campo podemos observar el estilo de vida de que se lleva a cabo por aquellos que son considerados “basuras”, donde los protagonistas de todos los relatos son los niños. “Los llanos que rodean la ciudad” forma parte del escenario de la marginación social y la exclusión; el asesinato sugiere que la violencia es una forma aceptada de resolver conflictos entre los que pertenecen a esta sociedad. Este aspecto es indicativo de una falta de autoridad o de mecanismos formales para la resolución pacífica de disputas, aunque se mencione “al viejo” que podría ser una especie de líder o autoridad, realmente no se puede asegurar nada ya que es un personaje que solo es mencionado. En un ambiente hostil, ha hecho que los niños estén armados, lo que ha ocasionado que se revele una realidad donde los niños no están a salvo y son testigos o como en este caso, incluso participantes de actos violentos.

Por otro lado también a Luis G. Urbina, este autor se distinguió por su aguda mirada hacia los problemas sociales de su tiempo y por la valentía con la que abordó

⁶⁹ Campo, De, *Op. Cit.* pp. 148-149.

temas controvertidos. En sus crónicas y ensayos, sin dudaba en señalar las desigualdades económicas, las injusticias sociales y la corrupción que prevalecían en la sociedad porfiriana. Su crítica no se limitaba solo a la élite política, sino que también se dirigía a las estructuras sociales y económicas que perpetuaban la desigualdad.

Urbina mostró una profunda preocupación por las condiciones de vida de las clases menos privilegiadas, evidenciando una sensibilidad hacia los problemas de los trabajadores, los campesinos y otros sectores marginados. A través de sus escritos, buscaba despertar la conciencia social y abogar por cambios que condujeran a una sociedad más justa y equitativa. se caracteriza por su claridad, sencillez y eficacia. Aunque no era un escritor de ficción en el sentido tradicional, su habilidad para narrar y describir eventos le permitiría captar la atención del lector de manera efectiva. Sus crónicas estaban impregnadas de un tono periodístico, pero no carecían de profundidad y perspicacia.

Parte de esa preocupación la plasma en “Los niños homicidas” donde se puede leer “[...] hoy me encuentro en un periódico con que ha ingresado en Belem un rapazuelo que en riña hirió a otro, gravemente. Es el nuevo y triste caso de los niños homicidas. En manos del juez, el caso del niño heridor se convertirá, por obra de la investigación, en un grave delito o en una funesta travesura; pero este sangriento accidente reviste los caracteres de un mal social. Se trata de nuestro modo de vivir y de hacer vivir a los niños”⁷⁰, aquí podemos analizar que el autor ha señalado un caso específico de violencia entre niños, como lo hizo De Campo, destacando el hecho de que un "rapazuelo" ha herido gravemente a otro en una riña. Esta denuncia directa de la violencia infantil refleja

⁷⁰ Gonzaga Urbina, Luis, “Los niños homicidas”, *Op. Cit.* P. 35.

la preocupación de Urbina por los problemas sociales y su disposición a poner de manifiestas situaciones que podrían pasar desapercibidas; hasta llegaría el paralelismo con De Campo con el texto antes expuesto.

En contra parte, Urbina no nos desarrolló la problemática, sino la continuación después de la riña. Si bien la narración de Micrós finaliza con el agresor sabiendo qué sucederá después, el lector queda en suspenso, mientras que Urbina si nos desarrolla la continuación. Al mencionar que el caso está en manos del juez, se sugiere que la resolución de este incidente dependerá de la intervención de la justicia. Aquí, posiblemente, esté planteando la idea de que la respuesta a la violencia infantil no solo debe ser individual, sino también institucional, es decir, que la resolución de casos de violencia infantil no puede limitarse solo a medidas individuales o familiares. Sugiere que la intervención del sistema judicial es crucial para abordar el problema de manera más amplia. Esto implica que la sociedad, a través de sus instituciones legales, debe asumir la responsabilidad de tratar y prevenir la violencia entre niños.

También, en ambos textos, de manera más indirecta en uno que en otro se destaca la responsabilidad colectiva de la sociedad en la crianza y la educación de sus niños. Al decir: “se trata de nuestro modo de vivir y de hacer vivir a los niños”, nos indica que la justicia no solo trata el incidente en sí, sino que también señala la importancia de una cultura y un entorno que fomenta valores positivos y previene la violencia desde sus raíces, y que dicha cultura y entorno no existe, pues de hacerlo, este tipo de situaciones no se darían, cosa que en ambos escritores parecen concordar, y con esto, los dos nos sugieren que la violencia infantil no es un problema aislado, sino un síntoma de problemas más amplios en la sociedad.

Urbina utilizaba un lenguaje accesible, lo que facilitaba que sus ideas fueran comprendidas por una audiencia amplia. No obstante, detrás de esa aparente sencillez, se encontraba una riqueza de contenido y una cuidadosa elección de palabras que revelaban su erudición y compromiso con la causa que defendía. La agudeza de sus observaciones y la capacidad para articular argumentos de manera persuasiva le otorgaban un estilo convincente. Urbina no solo informaba sobre los acontecimientos, sino que también los analizaba críticamente, ofreciendo a sus lectores una visión informada y reflexiva de la realidad mexicana de su época.

Conclusiones.

El análisis de la criminalidad infantil en el México del siglo XIX, centrado en la vagancia, el robo, la precocidad y el asesinato, revela una compleja red de problemas sociales arraigados en la época. La vagancia y mendicidad infantil eran respuestas directas a la falta de empleo y oportunidades, así como a la extrema pobreza que afectaba a gran parte de la población. Las autoridades de la época percibían esta situación como una amenaza para el orden social y la moralidad pública, implementando medidas represivas, pero también surgieron esfuerzos caritativos y religiosos para abordar las raíces del problema.

El análisis del relato de Luis G. Urbina sobre la lucha de un niño por asistir a la escuela evidencia la lucha interna que muchos niños enfrentaban entre las responsabilidades escolares y las tentaciones de la vagancia. Aunque el niño tiene una figura materna presente, la narrativa sugiere que la pobreza y la falta de oportunidades persistían.

En el caso del robo, se destaca la difícil situación de niños ladrones, como los "Pintos", cuya vida delictiva era una respuesta a la pobreza y a la falta de oportunidades. Las estadísticas presentadas por Lozano revelan la detención de jóvenes, mostrando la conexión entre la delincuencia juvenil y la falta de empleo remunerado.

La sección sobre la precocidad aborda la explotación y abuso sexual de niños, revelando la existencia de una moralidad que condenaba estos actos, pero también subrayando la falta de protección efectiva para los menores. La preocupación por la incontinencia y sus consecuencias revela la urgencia del Estado liberal por establecer una moralidad secular y la persistencia de valores tradicionales.

El análisis de un relato de Ángel de Campo destaca la venta de niños para lazarillos, evidenciando la desesperación económica que llevaba a los padres a tomar decisiones extremas. La explotación y abuso sexual de menores también se manifiesta en los relatos de De Campo, subrayando la vulnerabilidad de los niños en situaciones precarias.

Finalmente, la sección sobre el asesinato presenta un dramático episodio de violencia entre niños en el relato de Ángel De Campo. La falta de autoridad formal para resolver disputas y la naturalización de la violencia reflejan la dura realidad en la que vivían estos niños.

Tanto Luis G. Urbina como Ángel de Campo, a través de sus escritos, abordan la criminalidad infantil como un síntoma de problemas más amplios en la sociedad mexicana del XIX. Ambos señalan la responsabilidad colectiva en la crianza y educación de los niños, así como la necesidad de intervenciones institucionales para abordar los

problemas sociales subyacentes. En conjunto, estos análisis revelan la complejidad y la urgencia de los desafíos sociales que enfrentaban los niños en el México del siglo XIX.

El análisis de los escritores también destaca la falta de oportunidades y la pobreza extrema como factores clave que contribuyen a la criminalidad infantil. A través de sus relatos, ambos autores revelan las difíciles condiciones de vida que enfrentaban muchos niños, quienes, atrapados en un círculo vicioso de pobreza y falta de educación, se veían impulsados a recurrir a la delincuencia como una forma de sobrevivir. La respuesta de la sociedad y las autoridades a la criminalidad infantil era variada, desde medidas represivas hasta esfuerzos caritativos y religiosos. Sin embargo, queda claro que estas respuestas eran limitadas y a menudo no abordaban completamente las raíces del problema. La falta de un sistema educativo accesible para todos y las oportunidades laborales insuficientes contribuían a mantener a los niños en situaciones de vulnerabilidad.

Ambos escritores también hacen hincapié en la importancia de la intervención del Estado y la sociedad en la protección de los derechos y el bienestar de los niños. La narrativa de Luis G. Urbina destaca la necesidad de políticas educativas más inclusivas, mientras que Ángel de Campo pone de manifiesto la urgencia de abordar la explotación laboral y el abuso sexual infantil.

En última instancia, el análisis de la criminalidad infantil en el México del siglo XIX revela una sociedad marcada por la desigualdad, la falta de oportunidades y la insuficiente protección de los derechos de los niños. Tanto Luis G. Urbina como Ángel de Campo, a través de sus escritos comprometidos, buscan arrojar luz sobre estas problemáticas y abogar por cambios sociales que promuevan un entorno más justo y

equitativo para la infancia. En este contexto, la criminalidad infantil emerge como un síntoma de un sistema social más amplio que requeriría intervenciones profundas y transformadoras.

CAPÍTULO 3. TRAGEDIA.

3.1 Calle o educación, de huérfanos y abandonados.

El objetivo principal de este capítulo es el de explorar la representación del niño huérfano, indigente y transgresor, así como el papel del Estado benefactor a la problemática del infante sin hogar y de los proyectos que se llevaron a cabo para su asistencia como hospicios y La Casa de Niño Expósitos, todo esto a través de los personajes de novelas y cuentos escritos por autores mexicanos durante el siglo XIX. En este análisis se compaginarán los elementos contextuales de la época a través de dichos escritos, así como de las investigaciones académicas en torno a la historia de la infancia y la historia social.

Hay dos escenarios asociados a los huérfanos o abandonados, el primero es aquel que ocurre en espacios cerrados, es decir aquellos sujetos que están bajo el amparo de una institución, aquéllos que llegan a ser aprendices, por lo cual están al cuidado de un maestro, los que han perdido a uno de sus padres y viven en sus propias casas o aquéllos que han perdido a ambos y están bajo el cuidado de algún familiar. El segundo corresponde a quienes han encontrado en las calles un refugio. Sea como fuere, en el contexto del siglo XIX, no contar con el apoyo de un padre era simplemente un reto enorme. Como es algo obvio, no podemos generalizar las situaciones de los personajes de los textos a analizar, pues como en la vida real, las razones por las cuales llegaron al desamparo son diversas.

Dentro de la literatura, la calle pareciera un personaje más, un ente más complicado que cualquier otro personaje descrito por el autor, en ella se desarrollan un sinnúmero de aventuras que a lo largo del siglo XIX diversos escritores han plasmado en sus obras.

Cuando se describe a los niños huérfanos y en situación de abandono, la calle se vuelve el escenario más común para el desarrollo de las actividades de todos estos. La calle se percibe como un espacio de libertad para muchos niños. Aunque algunos de ellos, desafortunadamente, han quedado huérfanos y podrían preferir la vida en la calle en lugar de residir en orfanatos, este último escenario a veces se asocia con experiencias adversas. A pesar de que la vida en la calle puede presentar desafíos considerables, para algunos niños ofrece una sensación de seguridad que no encuentran en los orfanatos. Esta aparente paradoja subraya las complejidades y variaciones en las experiencias de los niños que enfrentan circunstancias difíciles.

Para la mayoría de los narradores del siglo XIX los niños y niñas de la calle representaban un peligro para la sociedad, pues muchos de ellos se ocupaban como “maleantes” que daban una mala reputación a la ciudad. Hablamos de niños que se dejan llevar por nada más que sus propios instintos, sin educación y carentes de higiene, lo cual se tornaba en una verdadera preocupación para el Estado. Como explica María Eugenia Sánchez Calleja, para finales del siglo XIX: “Los niños de los sectores populares que, en la lucha por su subsistencia, adoptaban conductas de adultos: vivían de trabajos marginales, contraían vicios, elegían a sus amistades, iniciaban una sexualidad temprana o presentaban conductas que se criminalizaron como la vagancia e indigencia y las propiamente delincuenciales”⁷¹, además de que eran vistos como potenciales adultos con problemas relacionados al alcohol, la inmoralidad o la delincuencia, y por lo tanto, se les consideraba propensos a comportarse mal e incluso a cometer actos maliciosos. Sin

⁷¹ Sánchez Calleja, María Eugenia, “Niños abandonados. Ciudad de México, fines del siglo XIX y principios del XX”, (tesis de doctorado en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México), 2011, pp. ii-iii.

embargo, persistía la noción de que, al ser menores de edad, no eran totalmente responsables de sus acciones debido a su falta de plena capacidad para distinguir entre lo correcto e incorrecto, lo permitido y lo prohibido, así como de comprender la ilegalidad o las consecuencias de sus acciones. Esta perspectiva era ambivalente, combinando la idea de la inocencia que se consideraba como propia de la infancia con los hallazgos de estudios médicos y psicológicos, y con arraigados prejuicios sociales⁷².

No por nada, dentro de las novelas y cuentos del siglo XIX, podemos encontrar un gran número de narraciones que tienen como personajes, ya sea principales, secundarios o ambientales a niños huérfanos y/o en situación de calle. Dado que se trataba de escritores costumbristas, realistas o naturalistas, sus obras tendían a reflejar escritos la situación real por la cual pasaba el país. Sin duda alguna, Manuel Gutiérrez Nájera fue uno de los cuentistas más famosos de la época, quien supo describir las situaciones que involucraban a los niños y niñas de esa época, tal como narra en *Historia de un peso falso*, de 1890 “Por supuesto era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! [...] cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría de teatro. Pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso”⁷³. Nájera refirió a los huérfanos como "pesos" en el sentido de una carga económica o responsabilidad para la sociedad. Utiliza la metáfora de los huérfanos como pesos que pesan sobre la sociedad y que representan una carga social y económica.

⁷² Speckman Guerra, Elisa, “Infancia es destino. Menores delincuentes en la Ciudad de México (1884-1910)” en *De normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina 1850- 1950*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005.

⁷³ Gutiérrez Nájera, Manuel, *Historia de un peso falso*

La metáfora refleja la preocupación del autor por las condiciones sociales de su tiempo, donde los huérfanos, al carecer de apoyo familiar, a menudo dependían de la caridad pública o quedaban desamparados, lo que generaba problemas económicos y sociales. En este contexto, Gutiérrez Nájera abordaba temas sociales y humanos, buscando llamar la atención sobre las dificultades enfrentadas por los huérfanos en la sociedad mexicana del siglo XIX. Esto nos habla de un incremento de los niños sin hogar. Sánchez Calleja en su tesis de doctorado sobre niños abandonados, nos dice que a finales del siglo XIX y tras la revolución industrial, se dio un alza de la demografía de las ciudades industrializadas, se notó también un gran índice de vagos, indigentes y delincuentes, esto también incluye a México, pese a que la industrialización apenas fue visible durante el Porfiriato.⁷⁴

Sin embargo, una de las mejores obras literarias para hablar sobre la orfandad y la situación de calle la encontramos con Federico Gamboa en su novela corta (otros lo llaman cuento) *¡Vendía cerillos!* de 1888, el protagonista llamado Luis y apodado “Sardín”, tiene a su corta edad una vida muy triste. Este pequeño de diez años es acusado en su casa adoptiva por haber robado un anillo, crimen que no cometió, y ante las acusaciones de sus padres putativos, que amenazan con llevarlo a la cárcel, decide huir y refugiarse en las calles de la Ciudad de México.

A veces se revelaban en su interior odios aún vivos, los que le nacieron el día de su expulsión, tan sin motivo, tan injusta, tan cruel. [...] la señora extrañó la ausencia de una alhaja, “mi brillante” [...] comenzaron averiguaciones, careos, promesas, amenazas; hablábase de llamar a la policía [...] —Debía medio matarlo por ingrato y por pícaro —decíale el amo de la casa—; ¡a su edad haciendo cosas semejantes! Acabaría en un presidio, en la horca tal vez. ¿Por qué había robado aquel anillo?

⁷⁴ Sánchez Calleja, *Op. Cit.* P. 1.

[...] Y él, sin comprender lo que aquello significaba, negó, negó cuanto le preguntaron. Nada sabía, nada había robado, ¿de qué anillo le hablaban? Sus padres adoptivos se exasperaban con sus negativas, mirándose entre sí y hablando al mismo tiempo. Admiráronse de su calma, de su manera de responder, lo injuriaron, y en un momento de cólera, lo golpearon llenos de indignación. Al día siguiente lo pondrían en una casa de corrección, para que se enmendara él y calmar ellos su conciencia.⁷⁵

Sardín fue víctima de una falsa acusación de parte de una de las sirvientas de la casa de campo de sus padres adoptivos, quienes sin más decidieron creerle a la mujer. Aquí resaltaría una cuestión, por más hijo adoptivo de ellos, realmente no lo veían como parte de la familia. Retomaríamos una cuestión de Gutiérrez Nájera en *Historia de un peso falso*, y es que se puede notar que la adopción de un menor realmente no es más que la adquisición de mano de obra, generalmente este tipo de niños son asumidos como objetos. Así como el protagonista-narrador de Nájera entregaba los niños a alguna persona para que le ayudara en sus negocios, se podría deducir que lo mismo le pasó a Luis (Sardín), un huérfano que fue adoptado, cuidado, pero conforme iba creciendo fue siendo apartado de la casa, al punto de que solo veía a sus padres y su hermana (hija biológica de los padres) los domingos en la iglesia, donde amos y sirvientes iban a escuchar la misa.

Una vez que Sardín se vuelve habitante de la calle, por cuestión del destino o de la casualidad, conoce a Juan, otro que no tiene un hogar, él (Juan) y su grupo de amigos que comparten las mismas peripecias, enseñan a Sardín a ganarse la vida. Pero aún no nos adentraremos en las actividades para ganarse la vida de estos muchachos. Enfoquémonos en la situación entre Juan y su grupo y Sardín. Estar solo en la calle o

⁷⁵ GAMBOA, Federico, *¡Vendía cerillos!*,

tener aliados es la diferencia entre la vida o la muerte, la muerte está casi segura, solo que acompañados pueden sobrevivir un poco más. Los menores están tan solos y necesitados de compañía que suelen formar sus propias pandillas. “En esta dimensión para los niños de la calle la pandilla se vuelve su familia: en ella impera la ley del más fuerte, quien se convierte en líder y permanentemente tiene que probar su autoridad sobre los demás”⁷⁶.

Aunque no siempre significa que la unión hace la fuerza, pues muchas veces estos niños son víctimas de ciertos crímenes o por lo menos de injusticias, independientemente de si se pertenece a un grupo o no. Bernardo Couto nos lo ejemplifica claramente en su cuento *Contornos negros II* publicado en el periódico *El Partido Liberal* en 1893:

Se estremece de pies a cabeza. ¡no es posible, sus ojos lo engañan! ¡perderse sus periódicos! ¡perderse su mísero mendrugo de pan, su último recurso la entrada a su casa, sus periódicos que son todo para él ¡imposible! es una realidad triste, amarga, desesperante pero cierta ¿era el viento que al mecerse durante la noche se los arrebató? ¿era malvada y cruel mano? preguntas eran a las que el niño sólo pudo responder.

-No; es la desgracia, la fatalidad que me persigue; ¿pero qué he hecho yo? y dirigiéndose a esa pregunta que toda la humanidad se dirige, se perdió en las calles de la populosa ciudad, llena, como toda gran población, de misterio desgracia bañada, siempre en lágrimas.

Y más situaciones de desgracias, nauseabundas, injustas, tristes, trágicas nos relatan los autores del XIX.

Debemos de tener algo en cuenta, ya que no todos los huérfanos tuvieron un final trágico o inclusive unos tuvieron un desarrollo medianamente bueno, para esto tenemos una novela que lo ejemplifica, y es la de *Angelina* de Rafael Delgado del año 1894, que

⁷⁶ Figueroa Alcántara, Hugo Alberto, “Reflexiones en torno del marco cultural de los niños callejeros”, en *Encuentro latinoamericano sobre la biblioteca, la lectura y el niño callejero*, compilación de María Trinidad Roman Haza, México, Centro de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM, 1998. P. 39.

nos cuenta la historia de dos personajes huérfanos, el primero y protagonista de la historia, Rodolfo, quien perdió a sus padres de niño y que fue criado por sus dos tías, hermanas de su madre, quienes a base de sacrificios le dieron estudios. Este joven de 17 años que llega de la capital una vez terminados sus estudios, y se encuentra con una joven de nombre Angelina, que trabaja en la casa de las tías.

Para mí se hacía transparente, como para dejarme ver entre sombras una casa humilde y modesta, la casa paterna, donde me aguardaban mis tías, dos hermanas de mi madre, dos ancianas amables y cariñosas.

Único amparo del niño desdichado que no tuvo la buena suerte de conocer a sus padres, ellas le recogieron, le criaron, y a costa de no pocos sacrificios le proporcionaban educación. El que salió chiquillo volvía hecho un mancebo; venía crecido y guapo; negro bozo le sombreaba los labios; no había malogrado tantos afanes, y en él cifraban las buenas señoras toda su dicha.⁷⁷

Con esto nos podemos dar cuenta de que no todos estuvieron sumergidos en un mundo cruel, y que, pese a que era algo relativamente común que un niño quedara huérfano, también había quienes tenían a alguien que se hiciera cargo de ellos. Queda claro que la situación económica de todos no los favorecía y que el caso de Rodolfo pudo llegar a ser algo excepcional. Algo parecido podemos observar con el personaje de Manuela, protagonista de la novela *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano de 1900, claro que con la diferencia de que la joven solo era huérfana de padre, y su madre se hacía cargo de ella. Sin embargo, así como Rodolfo, contaban con el dinero suficiente para tener una casa propia y mantenerla, aunque Manuela prefiriera escaparse con “El Zarco”, un criminal conocido en la región. De igual manera, en *El Zarco*, está Pilar, ahijada de la

⁷⁷ Delgado, Rafael, *Angelina*, Imprenta El Tiempo, México, D.F. 1893, p. 6.

madre de Manuela, quien también es huérfana, pero ésta de madre y padre, y por lo tanto vive con sus tíos.

Con similar suerte corrió Angelina, en las páginas de la novela de Delgado se narra que ella se encontraba al resguardo de un cura, pero tuvo la buena fe de llevarla con Doña Carmen y Doña Pepa cuando los bandidos se apoderaron del pueblo donde se encontraba la iglesia, así el sacerdote les daba una pensión a las dos ancianas para hacerse cargo de manera parcial de las necesidades de la joven.

“Entonces vino Angelina a nuestra casa. La infeliz había quedado huérfana. El sacerdote que la tomó bajo su protección la puso allí, al verse obligado a desempeñar la cura de almas en un pueblo de la sierra, que a la sazón estaba infestada de guerrilleros y bandidos”.⁷⁸

Será en los últimos párrafos de la novela donde podemos hacer una ligera pausa para analizar brevemente el papel que tuvo el Estado porfirista como benefactor de los huérfanos. A Través de la Beneficencia y mediante las instituciones de asistencia, con relativo éxito, aunque “no todas las expectativas se cumplieron [...] en efecto, había una clara intención de utilizar la Beneficencia para ordenar en alguna medida una sociedad que, en algunos aspectos, se percibía desbordada”⁷⁹ y en específico tomando como ejemplo el Real Colegio de San Ignacio de México⁸⁰ llamado en época porfirista (época en la que se ambienta la novela de Delgado) El Colegio de la Paz. Se debe tomar en cuenta que si bien el autor de la novela no hace hincapié en la forma en que se sostenía

⁷⁸ *Ibidem*, p. 34.

⁷⁹ Lorenzo Río, María Dolores, *El Estado como benefactor*, El Colegio de México, 2010, p.77.

⁸⁰ En *Las Constituciones* del colegio que se encuentra en el Archivo General de las Indias, está fechado el 18 de junio de 1752, iniciando sus labores en 1767

la iglesia en que vivía Angelina, y de donde provenían los recursos, tomando como referente el Colegio de la Paz, nos podemos hacer una idea de la forma en que una huérfana podía tener una oportunidad de estudio y posterior empleo, esto a la vez, comprendiendo las expectativas, éxitos y fracasos del Estado porfirista.

Durante la época del porfiriato, se vivió una etapa de prosperidad en cuanto a la beneficencia, por lo menos el Colegio de la Paz recibió un interés enorme por parte del Presidente, una vez que fue informado de los dificultades económicas que atravesaba esta institución, con lo cual se resuelve en apoyar con una cantidad de tres mil pesos anuales, y dirigir al Congreso un proyecto de ley.⁸¹

El estado que hasta ahora ha guardado el establecimiento que lleva por nombre “Colegio de la Paz”, tan digno de la protección y solicitud del Gobierno, ha llamado justamente la atención del c. Presidente de la República, y convencido de la necesidad de reformar y mejorar este Instituto, muy particularmente en lo relativo a la instrucción [...] dar más extensión a la enseñanza, sacándola de la limitada esfera en que ha permanecido circunscrita y elevándola a la altura de la que hoy se recibe en la Escuela Secundaria de Niñas y en la de Artes y Oficios para Mujeres, y aumentar el número de profesores de acuerdo con el programa de esos, a la vez que dotarlos convenientemente, el Gobierno ha tropezado desde luego con las dificultades pecuniarias que traen consigo tales reformas.⁸²

Para 1878, la ayuda del Estado a dicho colegio ascendía a 12 mil pesos anuales, un año después se aumentó a 15 mil, y finalmente a 18 mil pesos por año. En las anteriores líneas se deja ver el espíritu altruista de la época, si bien con el paso del tiempo hubo cambios en la estructura interna, tanto de las normas como en los propios edificios, pero no perdiendo la visión social, tal y como se describe en lo siguiente:

⁸¹ Obregón, Gonzalo Jr. *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcaínas)*, El Colegio de México, México, DF, 1949, p. 137.

⁸² *Correspondencia de la junta directiva del Colegio de la Paz*, Arch. Vizcaínas, 19-2-11 carta enviada por el Gral. Porfirio Díaz, tomado de Obregón, *Op. Cit.* p.137.

Por consiguiente, el ilustrado propósito que de preferencia guía hoy al Director y a sus compañeros de Junta, es el de no limitar el mundo para las colegialas de la Paz al recinto del local que las acoge, y antes bien, al ensancharles la esfera de sus conocimientos, las excitan a estimarle campo estrecho para lucirlos y utilizarlos. Obra de tiempo será el reducir el internado en el Colegio a sólo el necesario para que alas alumnas reciban y concluyan su educación; cumplida cierta edad sólo deberán permanecer en él las profesoras y las huérfanas infelices o que invoquen los derechos que a bien tuvieron otorgarles los fundadores: únicamente con estas será excusable la concesión de lugares de gracia vitalicia, fuente a la postre de una ociosidad perjudicial al individuo y a la institución, que no pudiendo ser lo que fue en su origen, debe tender a apartarse de su carácter de asilo tanto como se acerque al de casa de educación e instrucción, lo más perfecta y profesional posible, sin que por esto se desnaturalice la fundación.⁸³

Quizás, en el universo narrativo de Rafael Delgado, Angelina tuvo la oportunidad de continuar una vida religiosa y de caridad, gracias al apoyo del gobierno a la educación y caridad, justo como se lo escribe a Rodolfo en una última carta.

[...] Muchas veces le he preguntado a mi corazón si te ama como mereces ser amado, y siempre me responde que sí; *pero mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino [...] Acaso a servir a los pobres, a los enfermos, a los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto.* Tal vez no sería yo una buena esposa, y tú puedes y debes ser amado de quien sea digna de ti. [...] Vive para tus tías, vive para ser feliz, *que yo buscaré en Dios otra felicidad mejor que todas esas tan codiciadas en el mundo.*⁸⁴

Como lo he apuntado anteriormente, no todos contaban con dicha suerte, ya que podemos observar el caso de “Sardín” el protagonista de *¡Vendía cerillos!* O también con la pequeña del cuento corto de Gutiérrez Nájera, *La hija del aire* de 1882, quien siendo huérfana tiene que trabajar en el circo para poder subsistir, tal como lo dice el narrador:

Dí pobre niña, ¿qué no tienes madre? ¿Naciste acaso de una pasionaria o viniste a la tierra en un pálido rayo de la luna? Si tuvieras madre, si te hubieran arrebatado

⁸³ Olavarría y Ferrari, Enrique De, *Reseña Histórica del... Colegio de la Paz*, México, 1889.

⁸⁴ Delgado, Rafael, *op. Cit.* P. 177. Las cursivas son mías, para resaltar el deseo religioso de Angelina.

de sus brazos, ella, con esa adivinación incomparable que el amor nos da, sabría que aquí llorabas y sufrías; traspasando los mares, las montañas, vendría como una loca a libertarte de esta esclavitud, ¡de este suplicio! No, no hay madres malas, es mentira. La madre es la proyección de Dios sobre la tierra. *Tú eres huérfana.*⁸⁵

Pero debido a la naturaleza del texto de Gutiérrez Nájera, al menos para esta parte de nuestra investigación, sólo podemos tomar en cuenta ese párrafo, ya que no nos da mucha información para abarcar en este ámbito (la orfandad), más que la pequeña, a quien el narrador no ha puesto un nombre y solo la llama “Hija del aire”. No obstante, este cuento se retomará más adelante para poder ser analizados otros aspectos.

Por otra parte, en el caso de Sardín, de *¡Vendía cerillos!*, tomado en cuenta su condición de varón, quisiera tomar como ejemplo las becas del Colegio de San Juan de Letrán, institución fundada en el siglo XVI y que a principios del XIX sufrió una reconfiguración que la llevó a convertirse en una escuela preparatoria. Aunque cabe destacar que no solo el Colegio de San Juan daba becas, también lo hacía el de San Ildefonso (fundado por jesuitas en 1588⁸⁶) y el de San Gregorio (fundado por jesuitas en 1856⁸⁷). El colegio de San Juan recibía a estudiantes que contaban con la beca de merced o de gracia, en su etapa colonial o nacional, durante la posindependencia, etapa en donde transcurren estas historias, por ende, se debe de saber que las becas

⁸⁵ Gutiérrez Nájera, Manuel. "La Hija del Aire". En *Crónicas periodísticas Del siglo XIX. Antología comentada*. Coordinación de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2020. Acceso el 21 de julio de 2022, <http://sigloxix.iib.unam.mx/la-hija-del-aire/>. Las cursivas son mías.

⁸⁶ Sistema de Información Cultural México, en https://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=768#:~:text=El%20Colegio%20de%20San%20Ildefonso,los%20estudiantes%20de%20la%20Congregaci%C3%B3n.

⁸⁷ Álvarez Arellano, Lilian, *El Colegio de San Gregorio: Modelo de educación para los indios mexicanos*, en chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/http://www.descolonizacion.unam.mx/pdf/Ch8_9_gregorio.pdf.

nacionales se les otorgaba a los huérfanos en situación precaria, quienes solicitaban estas becas eran los familiares de los menores, las viudas, podían ser en situación de indigencia, familiares cercanos o lejanos o personas ajenas que por misericordia se hacían cargo del menor⁸⁸ (como ejemplo el narrador de *Un peso falso*).

Entonces ¿habría sido Angelina una de las afortunadas que gozó de la suerte del apoyo del gobierno a alguna hipotética institución educativa no menciona en la obra, por lo menos parcial, dadas las limitaciones de la patria empobrecida por los sinfines conflictos que asolaban por aquella época? ¿acaso el pequeño Sardín y La Hija del Aire fueron más desafortunados en no tener a nadie que se preocupara por ellos como para poder abogar ante una de estas instituciones de la capital? En el caso de Angelina no necesariamente el Colegio de La Paz sino uno similar, o para Sardín el de San Juan de Letrán, ya que solo son ejemplos contextuales cercanos a las fechas de publicación de las novelas para contextualizar los apoyos a la orfandad que existían.

Hay que tener en cuenta las propias limitaciones de los colegios, no solo en que no todos los que solicitaban ingreso eran admitidos, debido a cuestiones presupuestales, sino que también había que cumplir con ciertos “requisitos”. No todos los aceptados eran huérfanos realmente empobrecidos, muchos de ellos eran hijos o parientes de hombres que lucharon en la guerra de independencia, por lo que quizás tenían más probabilidad de ser aceptados, por esa deuda de la patria con dichos hombres, por lo que a este tipo de huérfanos se les llamó “huérfanos de la patria”, aunque esto no era obligatorio. Otra

⁸⁸ Ríos Zúñiga, Rosalina, “De huérfanos del reino a huérfanos de la patria. El colegio de San Juan de Letrán de México y la atención a la orfandad (1822-1867)” en *Debates por la Historia*, Vol. 8, Núm. 2, Universidad Autónoma de Chihuahua, acceso el 22 de julio de 2022, <https://www.redalyc.org/journal/6557/655769221006/html/>.

cosa es que se prefería a los pequeños que ya supieran leer y escribir y si se podía que estuvieran instruidos en latín. Como sabemos, en las primeras página de *¡Vendía cerillos!*, Luis era hijo adoptivo de una pareja, por lo cual es de suponer que tenía educación en primeras letras, aunque no se menciona si también en latín; con La Hija Del Aire no se sabe nada en absoluto, pues incluso su edad solo es estimada, de si sabe leer y escribir no se menciona, por lo que cual en el caso real de una niña de su condición es una completa incógnita si hubiera sido aceptada en un colegio como ese, aunque tal vez en una casa expósitos u hospicio tendría una mayor oportunidad.

Sin duda alguna, uno de los cuadros más completos del siglo XIX se encuentra en las páginas de la extensa obra de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*, en dicho texto con sus 117 capítulos, y un libro en lo personal complejo, no solo por su extensión sino también por su ritmo inconstante y complicada trama. En éste podemos abordar una cantidad enorme de situaciones reales, sin embargo, nos enfocaremos en el personaje del huérfano. Juan Robreño, hijo de Don Pedro Cataño, hijo del administrador del conde del Sauz, quién se enamora de la condesita Mariana y procrea con ella un hijo que permanecerá oculto, debido a que el conde no consintió el matrimonio, y la pareja temía su ira . El verdadero nombre de Cataño era Juan Robreño, quien para ver en secreto a Mariana deserta del ejército, huye para no ser fusilado y cuando vuelve se entera de que su pequeño hijo se ha perdido.

Mariana, quien es hija del Conde Don Diego Melchor y Baltasar de Todos los Santos, quien fue obligado a casarse con su prima en segundo grado para mantener la herencia, queda huérfana de madre, después de que su padre volvió a su casa tras ocho años de abandono, al enterarse de que el hijo que esperaba con su mal querida esposa

era una niña. Al volver su padre, ella y su madre sufren una amenaza por parte de Don Diego, de matarla si veía a una persona dentro de la casa que él no hubiera autorizado. Durante años vivieron así, “—Mañana —dijo la condesa— hace años que me casaron, y es también el aniversario del funesto día en que el conde tuvo la crueldad de amenazarme de muerte, sin motivo alguno, y de poner su puñal debajo de mi almohada”.⁸⁹ A lo que una noche la madre resuelve, pues simplemente morirse, no se da una explicación clara más que la siguiente: “A la madrugada, como de costumbre, tomó su chocolate hirviendo, se reclinó en su canapé y cerró los ojos para no volverlos a abrir más. Agustina cayó al pie del sofá desmayada. Así las encontró el conde”.⁹⁰ Un caso distinto es el de Mariana con respecto a los protagonistas de la novela *Angelina*, que quedan al cuidado de alguien más. Pese a tener a su padre, un hombre ruin y miserable, la pobre Mariana, aun teniendo todas las riquezas propias de su cuna, no entabla relación amistosa con el Conde de San Diego, sintiéndose miserable hasta tener cierta libertad en su nueva casa y conocer al hijo del administrador de la hacienda.

Con el personaje de Juan Robreño (hijo), sucede algo particular, que está vinculado con Pascuala, madre de Espiridión y de Moctezuma III, éste último adoptivo. Cuando ésta vive un embarazo que se extiende por 13 meses y tras consultar doctores que no podían explicar ni remediar la situación, se resolvió a acudir con unas brujas, las que le dijeron que, para hacer nacer a su hijo, tenían que sacrificar a otro niño, por lo que María Matiana, la mayor de las brujas raptó al pequeño Juan; sin embargo, después se

⁸⁹ Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, p.59.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 60.

arrepiente, dejan al pequeño a su suerte, de esta manera, del pequeño se cree que es huérfano.

Pero cabe destacar que el pequeño no es huérfano (se les considera así porque ha sido abandonado), sino producto del amor prohibido y arriesgado que se profesaban sus padres, Mariana y Juan Robreño. Pero una vez que ha sido abandonado por la bruja, el bebé es encontrado y rescatado del ataque de unos perros por una dupla curiosa, una anciana llamada Nastasita y una perra a quién bautizaron como “Comodina”, la primera llevó al pequeño con las atoleras, quienes la dejaban dormir en un rincón de su local, una de ellas quien era madre de un pequeño y se describe con pechos grandes y abundante leche, sirve de nodriza al bebé. Nastasita, buena amiga del clérigo, lo lleva, y es él quien al revisarlo encuentra la verdad:

Examinó el relicario y concluyó por abrirlo, sospechando que no sólo en las novelas, sino en la realidad de la vida las criaturas abandonadas tienen o una señal en el cuerpo o una marca en su ropa o un papel atado en la faja. Apretó el conocido muelle del marco y entre las dos pastillas de cera bendita encontró un papel. «Está bautizado, deberá llamársele Juan Robreño; su padre es caballero militar; su madre de la primera nobleza de México. Dios lo ayude en su vida.»⁹¹

La novela continúa: “platicó de nuevo con Nastasita, persuadiéndola de que debía entregar al huérfano a la casa de Niños Expósitos, y aunque no era recién nacido, él se interesaría para que lo recibieran. La viejecita le rogó por todos los santos del cielo que le dejase la criatura, asegurándole que ella y las atoleras lo cuidarían mejor que en la

⁹¹ *Ibidem*, p. 100.

cuna. El canónigo concluyó por transigir y le asignó una limosna de ocho pesos cada mes”.⁹²

El clérigo hace una petición interesante, mandar al niño a la casa de Niños Expósitos, pero ¿qué era realmente esta institución? ¿Qué tan popular era? y también, ¿cuál era la función de las nodrizas en ella? La casa de Niños Expósitos⁹³ llamada La Casa de Cuna de Nuestro Señor San José de Niños Expósitos fue fundada en 1767, y se encontraba ubicada en la Plazuela de Carmen, en el centro de la ciudad de México⁹⁴, no se hacía cargo de los huérfanos, sino que resguardaba a aquellos infantes que eran abandonados por sus padres o por alguna otra persona, muchas veces a la puerta de una iglesia o convento, o frecuentemente también eran llevados por los policías a dicha estancia (la casa de cuna), pues eran abandonados en otros lugares⁹⁵, aunque también podían recibir a los menores que no pudieran ser mantenidos por sus padres, siempre y cuando se comprobara dicha condición, “y los niños que mediante pensión mensual fueran presentados en la casa por sus padres o parientes”⁹⁶ dado esto, se agrupaban en tres: expósitos, amparados y pensionistas. Siendo los expósitos los sujetos a la piedad de los fieles.

Se necesita destacar algo, ya sea porque el propio Payno ignoraba la edad máxima para aceptar a los niños en dicha casa o simplemente lo hizo para darle sentido a su novela, él escribe “[...]persuadiéndola de que debía entregar al huérfano a la casa

⁹² *Ibidem*, p. 101.

⁹³ Del latín *expositus* “expuesto”, según la RAE.

⁹⁴ Sánchez Calleja, *Op. Cit.* p. 66.

⁹⁵ *Ibidem* p. 65.

⁹⁶ Navarrete Pacheco, Sindia Guadalupe, *Nodrizas en “Casa de niños expósitos de la Ciudad de México”*. Siglo XIX, Escuela Nacional de Antropología e Historia, para el XVII Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano, Ciudad de México, 30 de septiembre de 2004.

de Niños Expósitos, y aunque no era recién nacido, él se interesaría para que lo recibieran”,⁹⁷ puesto que en dicha instancia se recibían a los menores lactantes y hasta la edad de 7 años, además de que a estos niños muchas veces mal llamados bastardos, incestuoso e ilegítimos⁹⁸, eran legitimados, en un inicio se les ponía como apellido Lorenzana, quien fuera el fundador de dicha casa de expósitos, pero después se le otorgaba el apellido del director en turno.⁹⁹

En la cuestión de la nodriza del pequeño Juan, a quien ya se describió, también hay información sobre el papel de éstas en la casa de Niños Expósitos. Una vez que los lactantes eran aceptados, se les asignaba una nodriza o *chichihua* de guardia para que se ocupara de su alimentación; además, éstas tenían que presentar al menor cada quince días ante las autoridades de la casa de cuna, para que supervisaran su estado físico. Una vez pasado el tiempo de lactancia, el menor se ponía en completa disposición de la institución, ahí el niño recibía cobijo, comida y educación básica.¹⁰⁰

Como se ha podido observar, encontramos diversas situaciones que involucran a niños huérfanos y abandonados, algunos de los cuales corrieron con más suerte que otros. Dicha representación de la infancia menesterosa en la literatura se plasmó mediante la visión de los propios autores, pero ello no deja de dar cuenta de una realidad un tanto cruda que existía en la capital del país, y claro está, en otros lugares de la república.

⁹⁷ Payno, *Op. Cit.*, p. 101.

⁹⁸ Navarrete Pacheco, *Op. Cit.*, p. 6.

⁹⁹ Sánchez Calleja, *Op. Cit.*, p. 66.

¹⁰⁰ Sánchez Calleja, *Op. Cit.*, p. 66.

Con el propósito de mantener una secuencia de desgracias de estos menores, y no es que la totalidad de este trabajo no trate de ello, sin embargo, para este capítulo, si quisiera seguir con la base de los menores huérfanos y abandonados, y aunque en los siguientes subcapítulos se pueda introducir una obra literaria que no cumpla estrictamente con el objetivo, se tratará de puntualizar la razón para ello. De esta forma, se deberá procurar todo lo que las novelas y cuentos de los siguientes subcapítulos, “De trabajadores y aprendices. Entre el trabajo forzado y la “esclavitud” y “Accidentes y suicidio. Los niños y su trágico final”, sean las mismas que en este primero.

3.2 De trabajadores y aprendices. Entre el trabajo forzado y la “esclavitud”.

El trabajo infantil era algo sumamente común en el México del siglo XIX, casi todos los niños tenían que trabajar, excepto los que habían nacido en familias ricas. La mayoría tenían jornadas laborales excesivamente largas, en fábricas y minas. Por ejemplo, los niños a menudo trabajaban turnos extensos, a veces de 12 a 16 horas diarias o incluso más. Las condiciones laborales eran duras, con poca regulación y escasa protección para los trabajadores, especialmente para los niños¹⁰¹.

Es importante señalar que las leyes laborales y las regulaciones eran limitadas en esa época, y la explotación laboral, incluida la de los niños, no estaba suficientemente controlada. Las reformas laborales y las protecciones para los trabajadores, incluyendo a los niños, comenzaron a emerger más claramente a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, así muchos de ellos en condiciones tan pavorosas que hoy en día las consideraríamos inhumanas, y claro, debido a tal pobreza, muchos niños sufrían el

¹⁰¹ Lóyzaga de la Cueva, Octavio, “En torno a la jornada laboral” en *Alegatos*, Núm. 58, México, septiembre-diciembre 2004.

mismo destino que sus padres u otros adultos con los que trabajaban. Muchas veces ese trabajo hecho por los menores no era remunerado, es decir, forma parte de las obligaciones del hogar, y en los casos en que se percibía algún pago, éste solía ser considerablemente menor al que se le daba a un adulto, y dependía de qué tipo de labor realizaba el menor.

Para esta parte del trabajo, se abordarán aquellos textos en los que los menores desarrollan alguna actividad para su sobrevivencia, tomaremos en cuenta, como ya se dijo en el final del subcapítulo anterior, textos que se tomaron para “Calle o educación, de huérfanos y abandonados”, además de agregar algunos más, donde no necesariamente el menor haya sido huérfano ni abandonado. Cabe destacar que no nos enfocaremos aquí en la situación de prostitución (que más que un trabajo, se le debe de considerar como un abuso, y que tendrá su propio apartado para poder darle la atención necesaria) ya que, si bien fue una actividad relativamente común practicada por las menores para sobrevivir, este tema tendrá su propio apartado, para que se pueda explorar más ampliamente las causas y consecuencias, y claro está como se le representaba en la literatura.

Cabe mencionar que también había niños (por lo general varones) que entraban como aprendices de oficio en algún taller, con el objetivo de poder formarse como artesanos en una edad adulta. Para que esto sucediera, una vez que el niño terminaba su educación básica, los padres lo entregaban a un maestro, y éste debía de pertenecer al gremio de artesanos, “trabajar para un artesano no implicaba solamente conseguir sustento o devengar un jornal; equivalía a perfilar un proyecto de vida, a ‘encontrar

destino”¹⁰² Esto era una verdadera opción para las familias de bajos recursos para que alguno de sus hijos pudiera optar por una mejor condición de vida, tan importante llegó a ser que solo es comparable con el rol de la iglesia católica al convertir en religiosos a los menores una vez que estos llegaran a ser adultos. Además de que no solo era para aprender un oficio, sino que también esto evitaba las malas costumbres en el menor.

Colocar a un hijo en aprendizaje constituía una forma de proporcionarle una educación elemental y un oficio y, a la vez, solucionar un problema de regulación social de la conducta. [...] En efecto, finalizada la educación elemental que podían proporcionar la familia y el cura párroco, pasaba el joven una larga etapa en que era demasiado pequeño para una labor productiva, pero lo bastante mayor para moverse por sí solo en la ciudad. El riesgo de que acabara por adoptar una conducta antisocial, de que se habituara a la frecuentación de pulquerías y reñideros de gallos parece haber sido un móvil común en la conducta de los padres.¹⁰³

Dicho sistema se mantuvo hasta principios del siglo XIX, cuando en 1813 entró en vigor el decreto gaditano¹⁰⁴, en este se da libertad de oficio, y dictaminó que se podía ejercer cualquier oficio “sin necesidad de examen, título o incorporación a los gremios respectivos”,¹⁰⁵ lo cual supuso un cambio en el proceso de enseñanza entre el maestro y el aprendiz, y si bien los cambios no se notaron de forma inmediata, a lo largo de los años se fue notando el cambio sucedido. Con dicho decreto se cuestionó el papel del maestro, el cual se vio como una transformación de aquel que transmite sus

¹⁰² Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1996, p. 45.

¹⁰³ Castro Gutiérrez, Felipe, *La extinción de la artesanía gremial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 74.

¹⁰⁴ La Constitución de Cádiz abogaba por la igualdad ante la ley y la libertad de trabajo, estableciendo la idea de que los ciudadanos tenían el derecho de dedicarse a la ocupación que deseaban sin restricciones arbitrarias. Esta perspectiva rompía con el sistema de gremios y privilegios corporativos que limitaban la libre elección de oficio en períodos anteriores.

¹⁰⁵ Pérez Toledo, Sonia, “Artesanos y gremios de la ciudad de México: una desaparición formal y una continuidad real, 1780-1842”, en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, p. 223-244, p. 234.

conocimientos a su pupilo a un patrón que tenía poco interés en transmitir los secretos del oficio a sus futuros competidores. Pese a esto, durante poco más de medio siglo (del XIX) los padres seguían optando por enviar a sus hijos con los maestros de talleres.¹⁰⁶ También surge la pregunta, misma que se hace Susana Sosenski ¿Cuáles son entonces, a partir del decreto gaditano, las actividades de los aprendices? A lo cual ella misma responde, “a través de las fuentes literarias el aprendiz parece haber tomado otra función diferente de la de aprender el oficio. En las novelas se le representa más como un sirviente doméstico, criado, mozo o mandadero”.¹⁰⁷

En cuestión de los aprendices de talleres, un ejemplo lo tenemos con la novela de José Joaquín Fernández de Lizardi, como ya se ha señalado anteriormente, poner a un hijo en un taller como aprendiz, no solo le permitía hacerse de un oficio, sino también servía para alejarlos de las malas costumbres, en esta novela, se narra cómo el padre de *Periquillo* le pide entrar a un taller: “no teniendo caudal que dejarle a su hijo, quiere proporcionarle algún arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar a la república de un ocioso más”¹⁰⁸. Otro autor que sigue viendo en el aprendizaje del oficio es José Tomás de Cuéllar, quién según Sosenski, “seguía asignándole al aprendizaje de oficio un valor moral de honradez y rectitud. Además, a través de los oficios artesanales se podría combatir la “degeneración” y el “raquitismo” producidos por los empleos comerciales y los modernos puestos burocráticos de finales de siglo”¹⁰⁹, además de esto, Cuéllar criticó ferozmente el cambio suscitado por el decreto

¹⁰⁶ Sosenski, Susana, “Niños y jóvenes aprendices. Representaciones en la literatura mexicana del siglo XIX” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 26, 2003, p. 49.

¹⁰⁷ *Ibidem*, pág. 49.

¹⁰⁸ Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 2001, p. 6.

¹⁰⁹ Sosenski, *Op. Cit.* p. 51.

gaditano, considerando al maestro una noble persona encargada de crear futuros ciudadanos, que no solo se alejarían de los vicios, sino que gracias a su labor serían hombres libres: “la envidiable posición del artesano constructor como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posición del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina o por la mezquina condición del dependiente”¹¹⁰.

El texto de Sosenski, “Niños y jóvenes aprendices...”, trae a colación un punto importante, que es la decisión propia del menor a escoger a qué taller entrar como aprendiz, “Aunque eran los padres quienes tomaban la resolución de insertar a sus hijos en el aprendizaje de un oficio, [...] se evidencia la preocupación por dar cierta libertad de elección para escoger oficio”¹¹¹, en éste se retoman fragmentos de dos novelas diferentes. Una es la del propio Lizardi en *El Periquillo Sarniento* que en boca del Padre de Periquillo establece un ultimatum sobre el protagonista: “ahora mismo escoge usted un oficio que aprender”¹¹², dándole un plazo de 3 días para comunicarle su decisión, debido a que *Periquillo* se le dificulta la escuela. La segunda es *Los niños pintados por ellos mismos* (1843) de Manuel Benito Aguirre, donde: “Quiero aun dejarte en libertad de escoger el arte a que debes dedicarte [...] toma tu sombrero, coge un pedazo de pan, compra en la calle manzanas (y al efecto le daba una cuartilla) y mientras meriendas, en

¹¹⁰ Cuéllar, José Tomás, de, *Ensalada de pollos y Baile y cochino*, 10a. ed., México, Porrúa, 1999, p. 94.

¹¹¹ Sosenski, *Op. Cit.* p. 51.

¹¹² Fernández de Lizardi, *Op. Cit.* p. 107.

vez de jugar al toro o a la pelota, recorre los talleres y acaba de decidirte, porque esta noche ha de quedar resuelto por ti mismo el problema difícil del aprendizaje”¹¹³.

La libertad de elección de oficio quedó constatada en el artículo 68 del Reglamento de la Sociedad Mexicana Protectora de Artes y Oficios, que existió entre 1843 y 1844, en ésta se indica que cualquier joven de 16 años puede escoger libremente el oficio que le parezca mejor, y en caso de ser menores, sería el maestro de la academia quien lo orientaría a escoger el más adecuado según el desempeño del menor¹¹⁴. Aunque muchas veces la libre elección quedaba limitada para los hijos de los maestros, quienes por lo general seguían los pasos de sus padres, hubiera sido por haberlos convencido o por haberlos obligado, aunque una ventaja de ello era que podían evitar los largos periodos de aprendizaje, incluso dicha imposición fue criticada por los mismo artesanos, quienes se quejaban de que lo que los maestros querían era que los hijos heredaran los talleres, estas quejas se pueden ver en el *Semanario Artístico*, portavoz de la Junta de Fomento de Artesanos.¹¹⁵

Contrario a lo que sucedió en la obra de *El Periquillo sarniento* y en *Los niños pintados por ellos mismos*, en donde pueden escoger su oficio, en las novelas como *Ensalada de Pollos y Baile y Cochino*, donde se describe a Pío Prieto como heredero de la hojalatería y que “apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre a soldar tinas y calentadores, ocupación honrosa y lucrativa pero que no tardó en

¹¹³ Aguirre, Manuel Benito, *Los niños pintados por ellos mismos*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1843, tomado de Sosenski, *Op. Cit.* p. 52.

¹¹⁴ Sosenski, *Op. Cit.* p. 52.

¹¹⁵ *Ibidem*, pp. 53-54.

ser cargante para Pío”¹¹⁶, inclusive fue Cuellar uno de los grandes críticos de estas acciones de los maestros artesanos que obligaban a sus hijos a continuar con el legado:

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la más noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de parias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo. La juventud se refugia en las oficinas o detrás de los mostradores, y se encanija a la sombra de la molicie, se llena de vicios antes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneración y de raquitismo. [...] Pío Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en Fulcheri pensó con tristeza en la hojalatería; se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero; pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba a saberse que Pío Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriría la más pesada de las bromas y no sabría qué hacer. Para evitar esto, comenzó por negar a su familia, por ocultar la ubicación de su casa, que se llamaba hojalatería, a fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus amiguitos nuevos.¹¹⁷

No se puede generalizar, pues hubo padres que ponían como aprendices a sus hijos debido a que eran ya una carga económica, y el hecho de llevarlos a un taller, significaba que no tenían que alimentarlos o vestirlos, pues esa se volvía obligación del maestro. En la novela de Payno, *Los bandidos de Río Frío* podemos observar como Juan Robreño hijo, se volvió una carga para Nastasita:

La viejecita se resolvió un día a poner a Juan a aprender oficio, y no le costó poco trabajo; pero con ruegos y súplicas y haciéndole patente que no tenía con qué mantenerlo ni vestirlo, que ya era grande y necesitaba trabajar, logró persuadirlo a que se dejase *entregar*. En el tiempo a que nos referimos, y no sabemos si aún dura esta costumbre, los padres o deudos de los muchachos pobres los colocaban en la casa de un artesano para que les enseñase el oficio, y en cambio quedaban bajo el absoluto dominio del maestro, el que se rehusaba a recibirlos si no se los *entregaban* [...] ¿Qué oficio debería aprender Juan? Cualquiera. A él poco le

¹¹⁶ Cuéllar, *Op. Cit.*, p. 94.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 93.

importaba; la viejecita lo que quería era entregarlo, para descargo de su conciencia, para alivio de sus años y de sus fuerzas, ya que no la sostenía.¹¹⁸

Si bien hubo hijos de maestros artesanos que ponían resistencia a las peticiones forzosas de los padres, también hubo quienes, por precisión, aceptaron su rol social y familiar. Sin embargo, hubo aprendices que lejos de tener respeto y/o aprecio por sus maestros, se ponían a la defensiva ante los abusos de los mayores, pues en muchas ocasiones en vez de ser aprendices, se les trataba más como sirvientes, Sosenski explica que:

En teoría, al final del periodo de aprendizaje, el aprendiz no sólo debía conocer el uso de las herramientas, sino también los “secretos” del arte, es decir, poseer las habilidades y conocimientos elementales para desarrollar el oficio y lograr el grado de oficial. En este punto, la relación entre maestro y aprendiz se tornó considerablemente conflictiva, ya que conllevó la subordinación y sujeción del aprendiz. Esta relación se basó en la dominación del aprendiz apropiándose de su tiempo y de su fuerza de trabajo a través de maltratos y humillaciones. Así, los maestros distaron mucho de proporcionar el conocimiento y las habilidades del oficio particular a sus aprendices, asignándoles en cambio tareas cercanas a las desempeñadas por los sirvientes domésticos.¹¹⁹

Inclusive se podía esperar que fueran menos que sirvientes, y que se acercaran más a la esclavitud, y Payno lo describe cuando por fin, después de varios días andando, buscando un taller, Nastasita y Juan encuentran a alguien que se apiade de ellos:

[...] Hicieron muchas preguntas a la viejecita, la obligaron a jurar que sólo vería al muchacho una vez por semana, y que jamás lo reclamaría, si no era pagando los

¹¹⁸ Payno, *Op. Cit.* pp. 105-107.

¹¹⁹ Sosenski, *Op. Cit.* pp. 62-63.

gastos que hubiesen hecho para mantenerlo; en una palabra: un contrato de esclavitud, sobre el cual la Federación, la libertad, las logias yorkinas, el caritativo canónigo, el arzobispo y los doctores de la Universidad cerraron los ojos, continuaron cerrándolos muchos años, y los cierran todavía los ministros, diputados y senadores, como los cerró entonces, no sin que sus párpados se humedecieran, la desvalida trapera. Y quedó entregado, completamente entregado, es decir, esclavo blanco del ciudadano Evaristo el Tornero [...]¹²⁰

Tanto fue así, que muchos aprendices tomaron un odio hacia su maestro y poniendo resistencia, entre las acciones emprendidas fue el sabotaje del trabajo, vagabundear o la resistencia pacífica, como engañarlos o ser insolentes,¹²¹ en otros, era tanto el odio por los abusos, por dejarlos con hambre, por la falta de enseñanza que preferían atacar física o verbalmente a su maestro: “El primer impulso de Juan fue levantar el hacha y hacer mil pedazos la cabeza de su maestro. Era el momento, no de la venganza, sino de la justicia. Allí pagaría los golpes, las humillaciones, el hambre que le había hecho padecer sin enseñarle en compensación ni aun los primeros rudimentos del oficio, empleándolo sólo, como si fuese una bestia bruta, en dar vueltas al torno”.¹²²

Por otra parte, con un texto ya conocido, *La hija de aire* de Gutiérrez Nájera, en el brevísimo cuento, que ya de un inicio el protagonista-narrador nos deja claro que el trabajo de cirquero, para él es sumamente degradado y que básicamente, solo los estúpidos (y explotados) trabajan en él. Una vez que nos precisa su repudio al oficio y a los que lo practican, con severa y despectiva descripción de los miembros, nos habla del recuerdo de una pequeña trapecista, que vio hace un año atrás y que no la ha vuelto a

¹²⁰ Payno, *Op. Cit.* p. 107.

¹²¹ Farge Arlette, *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1994, p. 133.

¹²² Payno, *Op. Cit.* p.

ver, dicho recuerdo le viene a la mente debido a que nota que hay una niña diferente supliendo, tanto en el trabajo como en el sufrimiento a La hija del aire, a quien llama así por ser trapecista: “pero lo que subleva más mis sentimientos, es la indigna explotación de los niños. Pocas noches hace, cayó una niña del caballo que montaba y estuvo á punto de ser horriblemente pisoteada. ¿Recordais á la pobrecita hija del aire, que vino al mismo circo un año hace? todavía me parece estarla viendo [...]”¹²³ A esto agrega una horrorosa descripción de la pequeña: “de improviso miro subir por el volante cable [...]. Es una niña. Sus delgados bracitos van tal vez a quebrarse; su cuello va a troncharse y la cabeza rubia caerá al suelo [...] ¿cuántos años tiene? ¡ay! es casi imposible leer la cifra del tiempo en esa frente pálida, en esos ojos mortecinos, en ese cuerpo adrede deformado, parece que esos niños nacen viejos”.¹²⁴

Lo que se puede observar con la narración es que más de una niña ha trabajado en ese circo y que las labores del denigrante entretenimiento ha desgastado a una criatura a tal punto que pareciera siempre enferma, además de que nos deja ver claramente que estos niños sufren de maltrato y nadie hace nada, esto se presenta en las siguientes líneas:

Quando acaba el suplicio, la niña baja del trapecio, y, con sus retratos en la mano, comienza a recorrer los palcos y las gradas. Pide limosna. Pasa cerca de mi: yo la detengo.

- ¿Estás enferma?

-No, pero me duele mucho....

- ¿Qué te duele?

-Todo.¹²⁵

¹²³ Gutiérrez Nájera, *Op. Cit.*

¹²⁴ *Ibidem*

¹²⁵ *Ibidem*

El desagrado que siente el narrador hacía el circo se va notando cada vez más en el texto, viendo cómo es un oficio denigrante y cómo los dueños de los circos utilizan a los niños, además de que éstos enferman, pues, lo que se puede observar es que no hay verdaderos cuidados al menor, pero el maltrato infantil no es ajeno, “¡ah! cómo envidiarás a esas niñas felices y dichosas que te vienen a ver, al lado de sus padres, ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo, ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga”.¹²⁶ En el subcapítulo anterior, al tomar el mismo cuento, descubrimos que “la hija del aire” era huérfana, por lo tanto tenía que buscar la forma de ganarse la vida, de sobrevivir. No se puede saber si la menor tuvo otra opción aparte del circo, tal vez un empleo doméstico, que era algo muy común en las mujeres. Además, como ya quedó claro, el narrador no sabe la edad de la niña, y quizás tuvo un empleo antes del circo, o si ha pasado toda su vida en él. Muchas incógnitas quedan en el cuento.

Analizando una obra más extensa, Sardín, protagonista de *¡Vendía cerillos!* y su grupo de amigos, todos niños de la calle, para sobrevivir tenían que hacer una serie de trabajos, los que fueran prudentes para su existencia: “¿Quién va a atinar con la edad de esa nube de chiquillos que andan en la calle asaltando a los transeúntes, ofreciéndoles fósforos, billetes de lotería, periódicos y hasta flores?”¹²⁷ Dentro de estas labores, o como llegó a mencionar el propio Gamboa, sus faenas, se encontraban divididas, las que

¹²⁶ *Ibidem*

¹²⁷ Gamboa, *Op. Cit.* p. 19.

realizaban las mujeres de los hombres: “Y entre ellos, hay niñas también [...] por una poética y significativa casualidad, son las que venden flores. Futuras educandas de la Inspección de Sanidad¹²⁸, no tienen en su infancia otro contacto puro, otra distracción inocente, que confeccionar pequeños ramos de margaritas y violetas, con la artística coquetería que es intuitiva en la mujer”¹²⁹.

Las mujeres, por lo general llegaban a encontrar algún trabajo doméstico, teniendo así ropa, alimento frecuente y un lugar donde dormir, justo como le sucede a Matilde, a quién Sardín amaba y respetaba profundamente. Ella encuentra un trabajo en la casa de una Señora, no se dice explícitamente a qué se dedicaría.

[Matilde] Iba a estar muy bien, la señorita la quería, le había prometido vestirla, dejarla pasear, hacerla gente. [...] Podrás entonces vestirme no teniendo que atenderme, y quién sabe si realizarás lo del matrimonio dentro de uno o dos años, con las economías que ambos hagamos. [...] (Sardín) En lugar de alegrarse por la mejoría presente que tanto necesitaba, se ponía a llorar. [...] —¿Y cuándo te vas? -Al día siguiente, había perdido muchas oportunidades para perder ésta, temprano, lo más temprano que pudiera y que la señorita la encontrara ya instalada¹³⁰.

En cuanto el trabajo doméstico, que era algo casi exclusivamente de las mujeres, y si bien ya a finales de la etapa colonial, las autoridades quisieron romper con este esquema en el ámbito legal, hubo poco impacto, pues se buscaba más participación de las mujeres en los talleres de artesanos, sin embargo, el gremio se mantenía renuente a ello, lo que provocó que las actividades económicas de las mujeres no se ampliaran y

¹²⁸ Alusión de que pueden llegar a convertirse en prostitutas, por lo que por ley tenían que hacerse estudios de salubridad.

¹²⁹ Gamboa, *Op. Cit.* p. 20.

¹³⁰ *Ibidem*, pp. 68-69.

diversificaran por décadas, “Así, tal y como sucedió durante la colonia, en el periodo nacional la fuente de ingresos principal para las mujeres que formaban parte de las clases populares de la urbe estaba en el servicio doméstico, en el hilado y la costura, así como en el pequeño comercio, particularmente en la preparación y venta de alimentos”.¹³¹

En la novela de Gamboa se marca con ímpetu la importancia y buena suerte que se tiene trabajar en la casa de una familia rica, esto en el diálogo entre Sardín y Juan: “¿No comprendía (Sardín) que se había sacado la lotería encontrando para su querida una casa de huéspedes tan económica? [...] ¿no se le alcanzaba que habría podido comer y pernoctar allí, con buena cama y buenos platillos, siguiendo otra táctica y empleando otros modales? ¿Qué había ganado? Dejar de ver a Matilde, perder una gran ocasión y fastidiarse”¹³².

Quizás no había mucha diferencia entre un menor de la calle que trabajaba para sobrevivir, de aquellos que muchas veces eran obligados a entrar a un taller como aprendices, como se pudo observar, las dificultades no faltaron, unos por las faltas de oportunidades y el rechazo de la sociedad, las constantes persecuciones de las autoridades, que trabajaban de lo que podían, y que muchas veces su trabajo era delinquir para sobrevivir un día más. Con los aprendices, sufrían un abandono similar por parte de sus seres cercanos, pues el hecho de convertirse en aprendiz significaba alejarse de su familia, y los maestros no siempre fueron los mejores anfitriones ante los

¹³¹ Pérez Toledo, Sonia, “El trabajo femenino en la ciudad De México a mediados del siglo XIX”, en *Signos Históricos*, Núm. 10, julio-diciembre 2003, p. 82.

¹³² Gamboa, *Op. Cit.* pp. 74-75.

maltratos y abusos, además de la poca o nada de enseñanza del oficio, esto conducía a una rebeldía y a la falta de incumplimiento de los acuerdos pactados.

Cada autor con sus obras plasmó las situaciones específicas de sus personajes basados de una realidad que no era ajena a ellos mismos, y ya sea para denunciar las situaciones o simplemente para exponerlas, lograron hacer un eco tanto en su época como en la contemporánea, dando hoy en día una panorámica del trabajo en los menores y la formación de hombres de oficio.

3.3 Accidentes y suicidio. Los niños y su trágico final.

La muerte es lo más natural, y si bien muchos quieren evitar el duelo que provoca la muerte de un ser cercano, en la literatura del XIX es un elemento altamente socorrido en los menores, por diferentes causas, teniendo diferentes efectos en aquellos que los rodean, que van de tristeza o de alegría, o quienes simplemente son indiferentes, “la muerte prematura de un niño acorta un ciclo de vida y pone en estrecha cercanía los extremos de principio y fin, nacimiento y muerte lo cual determina que las exequias para infantes tengan características especiales”¹³³.

“Las ciudades en que sorprende el deceso a los personajes varían, pero siempre se trata de un momento temprano [...]. Las causas y condiciones también son variables, la forma en que la narrativa los aborda, igualmente, pues a veces las descripciones del fallecimiento son detalladas, y otras veces simplemente los menores fallecen de un párrafo a otro, y sin mayor preámbulo”¹³⁴, y justo como dice María Eugenia Negrín, no

¹³³ Gutiérrez Aceves, “Imágenes de la inocencia eterna” en *el arte ritual de la muerte niña*, Artes de México, núm. 15, artes de México, 1998, p. 27.

¹³⁴ Negrín, María Eugenia, *En el limbo decimonónico. El niño y sus espacios en la narrativa mexicana*, Editorial Académica Española, p. 263.

hay una edad promedio, los niños mueren en diferentes etapas de su ciclo infantil o juvenil, inclusive antes de nacer. En el último caso, se tiene la novela de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, que simplemente menciona fugazmente la muerte de su hijo no nato.

Las enfermedades y la mala vida cada día ponían a mi mujer en peor estado. A eso se agregaba su preñez, con lo que se puso no sólo flaca, descolorida y pecosa, si no molesta, iracunda e insufrible [...] una noche que por accidente estaba en ella [*Periquillo*] comenzó a quejarse de fuertes dolores y a rogarme que por Dios fuera a llamar a su madre [...] corrí a traer a su madre, quien luego que vino advirtió que aquellos conatos y dolores indicaban un mal parto, y que era indispensable una partera [...] la ignorantísima partera le había arrancado el feto con las uñas y con otro instrumento infernal, rasgándole de camino a las entrañas y causándole un flujo de sangre tan copioso, que no bastando a contenerlo la pericia de un buen cirujano, le quitó la vida al segundo día del sacrificio [...] mi suegra, luego que se acabó el funeral (sepultándose con el cadáver el desgraciado fruto de su vientre), se despidió de mí para siempre [...] ¹³⁵

En la escena de la muerte de la esposa e hijo de Pedro Sarmiento, en *El Periquillo Sarmiento*, por la ignorancia o incompetencia de la partera, como lo describe el propio Lizardi, ya que era algo sumamente habitual hablar a las mujeres que practicaban este oficio, y si bien éstas transmitían sus conocimientos ancestrales, por obviedad, no estaban exentas de cometer errores que por lo que se lee en la novela, fue lo que hizo que a la ya moribunda Mariana le costara la vida. Inclusive la medicina de la época apenas comienza a especializarse, eso al menos en Europa y Estados Unidos, quienes tienen el mayor avance médico de occidente.

Lamentablemente Mariana no tuvo la suerte de gozar de un tratamiento médico como los que innovaron en otras partes del mundo, y que llegaban a garantizar ambas

¹³⁵ Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, p. 441. Las cursivas son mías.

vidas, así que solo se pudo conformar con una partera, quizás novata o no muy diestra, y con una muerte seguramente dolorosa, así como la muerte de su hijo.

Esta visión de Lizardi sobre las malas capacidades y/o ignorancia de las parteras se debe al sentimiento característico de sus contemporáneos, esto debido a que durante el XIX se dio una renovada relevancia al método científico y a la medicina, entre ellas a la obstetricia, lo cual hizo que médicos y cirujanos voltearán a ver a las mujeres embarazadas. De esta forma hizo que todas aquellas personas que no contaran con una educación sistemática y científica fueran tomadas como ignorantes y no aptas para tareas tan complejas como un nacimiento¹³⁶.

A diferencia de la obra de Lizardi, en *El amor frustrado* de 1838, de José Joaquín Pesado, la muerte no es de un nonato, sino de una criatura de apenas tres meses. El narrador nos cuenta cómo se reencuentra con un viejo amigo de la escuela llamado Teodoro Mendivil, quien le platica su desventura con la mujer que amó, y que, por capricho del destino, confusiones de los amantes, la pena de Teodoro o la indecisión de Isabel Gallardo, termina ésta casada con otro hombre, “Isabel se acababa de casar con don Antonio de Echeandía, sujeto rico, de quién hablé antes, el cual había partido inmediatamente a España, huyendo con su bella consorte de la guerra civil que devoraba nuestra nación”¹³⁷, años después, cuando Mendivil la ve al salir de la iglesia, de una misa de funeral, y esta se sube a un carruaje, Teodoro la sigue, y al dar que vive en casa de un conocido suyo, se entrevistan entre ambos, éste le dice a Teodoro que se trata de

¹³⁶ Ortiz Coss, Brenda, “La continua adaptación de la partería a través de sus representaciones ejercicio: un recorrido por su historia en México” en *Revista Chicomoztoc*, Vol. 2, Núm. 4, julio- diciembre 2020, pp. 100-101.

¹³⁷ Pesado, José Joaquín, “El amor frustrado” en *Novelas cortas de varios autores*, Imprenta de V. Agüeros Editor, Cerca de Santo Domingo No. 4, México, 1901, p. 69.

Isabel, y que ha quedado viuda. Una vez que Isabel y Mendevil se reencuentran y darse una negativa de parte de ella de volver a estar juntos, el casero le comenta:

Sobre bonita, es rica. – No lo sé. – Sí señor, su marido era hombre de muchos bienes; falleció dejándola en cinta; y su hijo falleció a los 3 meses de nacido; con eso la madre quedó heredera de todo. – Me importa muy poco. – Pues no dirá otro tanto un sobrino del difunto, el cual está bien apasionado de la viuda, y deberá llegar aquí muy breve en su seguimiento. - ¡Cómo! ¿qué hay de eso? – No hay más, sino que se casaran. - ¿Qué se casarán? – Sí señor. ¿qué dificultad hay en esto? – Más de lo que Ud. Pueda figurarse. ¡Vive Dios! ...¹³⁸

Mención fugaz y por lo visto sin impacto alguno entre los personajes, ni siquiera en la madre. La causa de la muerte del bebé no es mencionada, y fuera de las líneas en que el casero le da la noticia a Teodoro, no se vuelve a hablar del menor. Pero podemos indagar un poco sobre la causa de la muerte; para ello, debemos tener en cuenta que en la época los registros de muertes estaban aún sesgados, dependiendo del año y el lugar en específico, debido a que el país enfrentó diversos conflictos armados y cambios de gobierno lo que dificultaba llevar un seguimiento riguroso.

La obra nos deja en claro que la pareja gozaba de una estabilidad económica, por lo cual no pudo ser por cuestiones de desnutrición, mala alimentación, inanición o falta de higiene que por lo regular estaba asociada con la pobreza. Sin embargo, esto no quiere decir que se salvaran de otras causas, como las enfermedades infecciosas o parasitarias. De hecho, durante el porfiriato se dieron múltiples campañas en el campo de la salud pública, con las cuales se tenía la intención de combatir la viruela mediante la vacunación, así como también la epidemia del tifo, todo esto mediante medidas de

¹³⁸ *Ibidem*, p.77.

higiene personal y doméstica.^{139 140}, así que quizás, y sólo suponiendo, el padre y el hijo pudieron morir de lo mismo, pero esto es solo una suposición.

Con Gutiérrez Nájera en su cuento *La hija del aire*, sucede algo distinto, en la obra el narrador no nos dice que la menor muere, solo que es algo que él presentía: “¡pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto”¹⁴¹, Nájera si bien al igual que los dos autores anteriores menciona fugazmente la posible muerte de la menor (los anteriores escritores confirman la muerte de los niños), a lo largo de su cuento nos va narrando la condición física que tenía la niña, la cual muy posiblemente sea la causa de su supuesta muerte, cosa que no hacen Lizardi, que solo dice que el bebé es enterrado junto a la madre, pero no nos explica por qué murió, ni tampoco Pesado, que solo escribe que el menor murió a los tres meses.

Nájera escribe: “La luz de sus pupilas arde tenuemente como la luz de una luciérnaga moribunda. Sus delgados labios se abren para dar paso a un quejido, que ya no tiene fuerzas de salir. Sus bracitos están flacos, pálidos, exangües. Es la hija del dolor y de la tristeza. Así, tan pálida y tan triste era la niña que miré agonizar, y cuya imagen quedó grabada para siempre en mi memoria. La infancia no tiene para ella tintes sonrosados, ni juegos, ni caricias, ni alegría. No: no es el alma que viene, es el alma que se va”.¹⁴² La descripción tan nítida que da el autor, simplemente hace que pensemos

¹³⁹ Molina del Villar, América, Lourdes Márquez Morfín y Claudia Pardo Hernández (coords.), *El miedo a morir. Endemias, epidemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, México, CIESAS / Instituto Mora / BUP, 2013.

¹⁴⁰ Alba, Francisco, "Cambios demográficos y el fin del Porfiriato", en *Conapo, El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica, tomo 3, México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional de Población, 1993.

¹⁴¹ Gutiérrez Nájera, *op. Cit.* p. 44.

¹⁴² *Ibidem*, p. 43.

igual que él al creer que la hija del aire está muerta, ¿qué niño o niña puede durar tanto tiempo en condiciones físicas tan deplorables y realizando actividades tan arriesgadas? Podemos incluso deducir que la niña o niños en general en ese circo no estaban bien alimentados ni tenían los descansos y cuidados necesarios, lo cual pudo haber traído enfermedades, y que al parecer no podían costear un buen tratamiento debido a la falta de un buen médico, o la falta de uno.

La muerte no solo llegó por malas prácticas durante el parto, o quizás por enfermedades o malos tratos de los cuidadores a cargo, hubo quienes optaron por esta vía al encontrarse derrotados moralmente, sufriendo un “mal de amores” y la depresión y desesperación hicieron que creyeran que seguir con vida no valía la pena. Este es el caso del ya conocido Luis, apodado “Sardín” en *¡Vendía cerillos!* Casi de forma inmediata que Sardín comenzó a vivir en la calle y se juntó con Juan y su pandilla, se hizo amigo e inseparable de Matilde, otra niña de la calle, al pasar los años, Sardín y Matilde entablaron una relación de amistad-noviazgo, y pareciera que el amor puro y un poco enfermizo que desarrolló Luis por Matilde hizo que fuera codependiente de ella.

Así pues, una vez que ella desaparece de la casa donde comenzó a trabajar para una señora de la alta sociedad tras un incidente entre la dueña y Sardín, este último casi pierde la cordura al buscarla y no saber su paradero.

Le pasaban los días sin encontrarla, por más que la buscaba como puede buscarse un alfiler [...] Limitose a recomendar a todos los compañeros que en cuanto la vieran se lo comunicaran, haciendo él por su parte, jornadas inconmensurables y tentativas sin cuento. Todo era infructuoso, parecía que a Matilde se la había tragado la tierra. [...] El chico, que nunca fue grueso, enflaquecía a ojos vistas consumido por la fiebre, por las privaciones y por el padecimiento moral.

Apenas hablaba, no vendía nada y la comida la alternaba con la fiebre; ambas eran tercianas. Sus mismos compañeros, no muy impresionables generalmente, estaban preocupados de las dolencias de Sardín, agotando su reducida terapéutica por mejorarlo. Rechazó una contrata ventajosa: servir de anuncio ambulante con traje de fantasía, sin más obligaciones que pasear un cartelón y nutrirse a su antojo. A las reflexiones que le hicieron mostrándole lo desacertado de la negativa, respondió que el aceptar le entorpecería lanzarse en pos de Matilde cuando la encontrara, cosa que tenía que suceder.¹⁴³

Una vez que la encuentra y entabla conversación con ella, y ante la negativa de la joven de volver junto a él, este le confiesa que quería matarla en cuanto se enteró a lo que ahora se dedica: “Había ido para matarla, lo confesaba, y una vez junto a ella no podía ni golpearla como merecía. —Y mira, no te engaño —le decía mostrando el cuchillo—, pero de nada me sirve”.¹⁴⁴ Sardín se retira, y en su andar iba reflexionando sobre su vida y pronta muerte, “El ayuntamiento, que le había negado un vestido, no podría negarle un ataúd”¹⁴⁵. La desesperanza y falta de visión de su vida a futuro sin Matilde, hizo que pensara en cómo lo haría.

Eso de tirarse así como así a una acequia, no debía ser muy agradable; y luego, sabiendo nadar, esto prolongaría el negocio. ¿Pero de qué otra manera podía despacharse? Los pobres como él tienen que buscar lo barato hasta en eso. ¿Quién había de facilitarle una pistola?, y en cuanto al cuchillo, siempre le inspiraron horror las heridas que produce. La sangre lo impresionaba y no se creía con el valor suficiente para recetarse dos o tres tajos que lo concluyeran. No tenía más, se dejaría ir resuelto y no se movería.¹⁴⁶

¹⁴³ Gamboa, *Op. Cit.* pp. 87-88.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 91.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 96.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 96.

Con tan solo 15 años, Luis se suicidó. Hacerlo fue un poco tardado, decidiendo cuál era el mejor lugar. Esperando también a que alguien fuera y le dijera que no lo hiciera, que todo estaría bien, pero nadie llegó, nadie se preocupa por niños como Sardín, ¿y qué es un niño callejero menos?: “—Todos somos lo mismo —dijo, y contra su voluntad, impelido por una fuerza extraña, cayó en el agua, que se abrió con un rumor sordo y fugaz para recibir al huésped voluntario”¹⁴⁷ Incluso después de su muerte, la indiferencia no faltó, la novela cierra con diálogos entre dos personas:

Al día siguiente, previa identificación del cadáver, que reposaba negro, ventrudo, desfigurado, en el fondo sucio de una camilla, el empleado que expedía la boleta para la inhumación preguntó las generales del chiquillo.

La edad aproximada: quince años; la profesión reconocida: vender cerillos.

—¿Y dice usted que es suicidio? —se informó por curiosidad.

—Así parece —respondió el agente de policía—. ¿Quién podía interesarse en la muerte de un fosforero?

—¡Es verdad! ¡Vaya, un pillo menos! —repuso al firmar.

¡Y ésa fue la oración fúnebre de Sardín! ¹⁴⁸

¿Cómo era visto el suicidio en el siglo XIX y qué tan común era? En el ámbito de la medicina, durante las primeras décadas del XIX el suicidio fue descrito como síntoma de una patología mental que era causada por un frenesí de las pasiones, ya sea por tensiones sociales, políticas o personales, justo como le sucedió a Sardín al final de su encuentro con Matilde.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 101.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 103.

Los médicos del siglo XIX relacionaron el suicidio con los cambios políticos y sociales debido a una transición a la modernidad, trayendo consigo nuevos males, entre ellos una “epidemia de suicidios”¹⁴⁹, sin embargo, a finales del siglo, se pasó de una visión que involucraba a los sentimientos a una que abogaba por lesiones y alteraciones, ya fuesen anatómicas o fisiológicas, así pues, dando paso a la teoría de que era una condición hereditaria¹⁵⁰, “en esos años, bajo la influencia de la teoría de la degeneración, se produjo un cambio en la concepción del suicidio: de ser considerada una enfermedad mental causada por las pasiones pasó a ser tratada como una patología social con carácter hereditario”¹⁵¹, de esta manera las ideas provenientes de las corrientes filosóficas y científicas de la época, como el positivismo, la ilustración y la influencia de nuevas teorías sobre la mente y la psicología, contribuyeron a un cambio en la comprensión de las causas. del comportamiento humano, incluido el suicidio. A pesar de estas transformaciones, es crucial destacar que, en gran medida, el suicidio aún era considerado un tema delicado y muchas veces se abordaba con una mezcla de comprensión y estigma. La evolución en las actitudes hacia el suicidio continuó a lo largo del tiempo y se vio influenciada por una serie de factores que reflejaban los cambios más amplios en la sociedad mexicana durante el siglo XIX.

¹⁴⁹ Reynoso, Alejandra, “Una patología social hereditaria: el suicidio en la Ciudad de México, 1876-1910”, en *Signos Históricos*, Vol. XXI, núm. 37, enero-junio 2017, p. 99.

¹⁵⁰ Plumed Domingo, José Javier y Enric J. Novella, “Suicidio y crítica cultural en la medicina española del siglo XIX”, en *Dynamis*, vol. 35, núm. 1, 2015, p. 62.

¹⁵¹ Reynoso, Alejandra, *Op. Cit.*, p. 100

Conclusiones.

La exploración detallada de la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX a lo largo de los tres subcapítulos ha arrojado una perspectiva rica y compleja sobre las condiciones de vida de los niños en esa época. A través de las páginas de las novelas y cuentos de los autores, se ha sido testigo de la brutal realidad que enfrentaban los niños huérfanos y abandonados, quienes se veían atrapados en una lucha constante por la supervivencia en las calles de la sociedad decimonónica.

Se destacó el papel crucial del Estado benefactor en la respuesta a la problemática del infante sin hogar. A través de la creación de hospicios y La Casa de Niño Expósitos, se buscaba proporcionar un refugio y educación a aquellos niños que carecían de una figura paterna y materna. Sin embargo, la representación literaria de estos personajes revela las limitaciones y desafíos inherentes a estos esfuerzos, mostrando la complejidad de abordar eficazmente la situación de los niños desamparados.

De la misma forma nos sumergimos en la vida de los niños que, lejos de encontrar protección en instituciones de caridad, se veían obligados a enfrentar la dura realidad del trabajo forzado y la explotación laboral. La literatura del siglo XIX retrata las condiciones en las que estos niños aprendices desarrollaban sus habilidades, destacando en ocasiones la falta de consideración por su bienestar y desarrollo integral. igualmente, hemos explorado las historias de niños cuyas vidas se ven truncadas prematuramente, ya sea por accidentes fatales o, en casos más sombríos, por la decisión desesperada de poner fin a su propia existencia. La literatura del siglo XIX nos confronta con la crudeza de estas tragedias, arrojando luz sobre las condiciones extremas que enfrentaban los niños en una sociedad que, en muchos aspectos, los abandonaba a su suerte.

En conjunto, estos subcapítulos revelan una narrativa conmovedora y a menudo desgarradora sobre la infancia en el México del siglo XIX. A través de las representaciones literarias, hemos podido vislumbrar las complejidades de la existencia infantil en un contexto social y económico adverso. Las imágenes de niños huérfanos, aprendices explotados y vidas truncadas prematuramente resuenan en las páginas de la literatura de la época, sirviendo como un recordatorio impactante de las condiciones que enfrentaban estos jóvenes protagonistas.

En última instancia, este capítulo ofrece una contribución significativa al estudio de la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX, revelando capas de significado y reflexión social que van más allá de las páginas de las obras literarias. La tragedia que impregna estas narrativas no solo arroja luz sobre el pasado, sino que también invita a una reflexión crítica sobre las condiciones de vida infantil en contextos contemporáneos. La literatura, como testigo y cronista, nos permite entender y cuestionar nuestra propia realidad a la luz de las tragedias del pasado, ofreciendo así una ventana hacia la comprensión y el cambio.

CONCLUSIÓN.

En conclusión, esta investigación ha intentado proporcionar una visión lo más cercana posible de la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX. A través del análisis detallado de cuentos y novelas de destacados escritores de la época, hemos observado la diversidad de facetas que conforman la experiencia infantil en este período histórico. Desde la vagancia y la orfandad hasta la explotación laboral, la prostitución infantil, los asesinatos y la sobre sexualización, estos temas han revelado la complejidad de la sociedad decimonónica y sus diversas realidades.

Este estudio ha subrayado la importancia de la literatura como reflejo y constructora de la identidad cultural, así como su papel en la crítica social. La infancia, representada de manera tan multifacética, no solo revela las problemáticas de la época, sino que también pone de manifiesto la necesidad de abordar cuestiones sociales y morales fundamentales.

Además, hemos identificado la interconexión entre la literatura y la realidad histórica, destacando cómo estos relatos no solo ilustran las circunstancias de la infancia, sino que también influyen en la percepción y comprensión de la sociedad. Asimismo, este estudio ha subrayado la importancia de considerar el contexto sociohistórico al analizar las representaciones literarias, reconociendo la influencia mutua entre la literatura y la realidad. Al explorar los temas de vagancia, orfandad, prostitución, aprendices de oficios, asesinato y sobre sexualización en la literatura mexicana del siglo XIX, esta tesis busca contribuir al entendimiento más profundo de la complejidad de la infancia en esa época, así como ofrecer una base para futuras investigaciones sobre la relación entre la literatura y la construcción social de la niñez.

La literatura, como espejo de la sociedad, desentraña las complejidades y contradicciones de una época determinada. Este estudio se sumergió en la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX, explorando temas complejos que ponían en jaque a la sociedad y a las autoridades. A través del análisis detallado de cuentos y novelas de escritores prominentes de la época, se desentrañarán las múltiples facetas de la experiencia infantil en un contexto histórico marcado por transformaciones sociales y políticas.

A lo largo de esta tesis pudimos comprender que la vagancia se presentó como un fenómeno recurrente en la literatura decimonónica mexicana. A través de relatos que exploran la vida en las calles, se revela la lucha cotidiana de niños desamparados, abandonados por la sociedad y enfrentados a un mundo hostil. Autores como Federico Gamboa pintan cuadros desgarradores de la vagancia infantil, plasmando la urgencia de abordar las cuestiones sociales que llevan a esta realidad. Que la orfandad emerge como un tema central, reflejando la fragilidad de la infancia en una sociedad en constante transformación. La literatura revela la lucha de los niños huérfanos por sobrevivir y encontrar su lugar en un mundo que les ha arrebatado la seguridad familiar.

La literatura del siglo XIX expone la dura realidad de la prostitución infantil y la explotación laboral. Aquí Heriberto Frías y nuevamente Gamboa abordan estos temas con una crudeza que despierta la conciencia social. La representación de niños involucrados en oficios peligrosos resalta la urgencia de abordar la protección de la infancia en el ámbito laboral. La literatura decimonónica no escatima en abordar el tema del asesinato en el contexto infantil. Se expuso la brutalidad a la que algunos niños se

ven sometidos, destacando la necesidad de reflexionar sobre la violencia que permea la sociedad y afecta directamente a los más vulnerables.

La sexualización y violación de los niños, se abordó con cautela, aunque emerge como un tema relevante en la literatura decimonónica mexicana. Las obras de Ángel de Campo y Luis Gonzaga Urbina exploran las consecuencias de una sociedad que, en ocasiones, carga a los menores con expectativas y experiencias que exceden su inocencia, generando reflexiones sobre la ética y la moral.

La literatura infantil también comenzó a tener un lugar importante en el siglo XIX en México, con la creación de libros para niños y jóvenes que buscaban educar y entretener. Uno de los autores más importantes de la literatura infantil en México fue el escritor y periodista Manuel Gutiérrez Nájera, quien creó una gran cantidad de libros populares que abordaban temas como la moralidad, la religión, la historia y la geografía.

Así pues, el análisis de la representación de la infancia en la literatura mexicana del siglo XIX nos permite entender mejor el papel que desempeñó la infancia en la construcción de la identidad nacional y en la crítica social y política de la época. Además, nos muestra cómo la literatura infantil comenzó a tomar un lugar importante en la educación y formación de los niños mexicanos, y cómo la literatura en general fue una herramienta importante para la construcción de la cultura y la identidad nacional, y nos permite entender mejor cómo se construyó la imagen del niño mexicano en un contexto de cambios sociales, culturales y políticos. Además, nos ayuda a comprender mejor la forma en que la literatura puede ser utilizada como una herramienta para la crítica social y la denuncia de las injusticias.

A través de la lente de la literatura, hemos podido desentrañar las capas más profundas de la sociedad de la época y cuestionar las estructuras que perpetuaban la tragedia infantil. La representación de los niños en situaciones extremas no solo sirve como un reflejo fiel de la realidad de entonces, sino que también invita a la reflexión sobre las condiciones actuales de la infancia en contextos diversos. La literatura del siglo XIX, como testimonio de la tragedia infantil, se convierte en una herramienta poderosa para la comprensión histórica y la construcción de un diálogo crítico sobre la protección y el bienestar de los niños en la sociedad contemporánea.

Con este análisis no solo se contribuye al entendimiento de la infancia en el siglo XIX, sino que también resalta la importancia de abordar las condiciones de la infancia en la actualidad. Las lecciones extraídas de estas narrativas pueden inspirar acciones y políticas que protejan a los niños de vulnerabilidades similares en la sociedad actual. Asimismo, nos desafían a cuestionar las estructuras sociales que perpetúan la tragedia infantil y a trabajar hacia un futuro en el que la infancia sea sinónimo de protección, desarrollo y esperanza. La literatura, al revelar las historias olvidadas y las realidades dolorosas, nos insta a ser agentes de cambio en la protección y promoción del bienestar de la infancia. Al reconocer y aprender de las tragedias del pasado, podemos trabajar juntos para construir un futuro donde la infancia sea resguardada de las sombras de la adversidad y la desesperación.

Bibliografía.

- “La mala educación. Un cuento moral”, en *Diario de México*, t. X, núm. 1225, 6 de febrero de 1809, pp. 149-150.
- Alba, Francisco, "Cambios demográficos y el fin del Porfiriato", en *Conapo, El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica, tomo 3, México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional de Población, 1993.
- Bailón Vázquez, Fabiola, “La explotación de la prostitución ajena en México. El inicio de un debate y sus primeras consecuencias legales, 1929-1956” en Elisa Speckman y Fabiola Bailón Vázquez (coord.) *Vicio, prostitución y delito. Mujeres transgresoras en los siglos XIX y XX*, México, UNAM, pp. 171-200.
- Bailón Vázquez, Fabiola, *Prostitución y lenocinio en México, siglos XIX y XX*, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco, *Santa, de Federico Gamboa o la redención artística del naturalismo mexicano*, Universidad de Sonora, Departamento de Letras y Lingüística, en <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero32/santaga.html>
- Castro Gutiérrez, Felipe, *La extinción de la artesanía gremial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 74.
- Chaves, José Ricardo, “Elaboraciones literarias cultas y populares sobre lo “homosexual” en el cambio del siglo XIX al XX en México” en *Acta poética*, Vol. 26, núm. 1-2, 2005, p. 427, Instituto de investigaciones filológicas, D.F., México.
- Correspondencia de la junta directiva del Colegio de la Paz*, Arch. Vizcaínas, 19-2-11, tomado de Obregón, *Op. Cit.* p.137.
- Cuellar, José Tomas de, *Historia de Chucho el niffo y La Noche Buena*, Editorial Porrúa, México, 2004, p. 84.
- Cuéllar, José Tomás, de, *Ensalada de pollos y Baile y cochino*, 10a. ed., México, Porrúa, 1999, p. 94.
- Cuellar, José Tomás de, “La literatura nacional” en *La ilustración potosina*, tomado de la Edición de 1989 de la Universidad Autónoma Nacional de México y Centro de Investigaciones Filológicas (UNAM).
- De Campo, Ángel, en *Cosas vistas y cartones*, Porrúa, 1958, México.
- De Campo, Ángel, *Pueblo y canto*, Compilación de Mauricio Magdaleno, Biblioteca del Estudiante Universitario, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Delgado, Rafael, *Angelina*, Imprenta El Tiempo, México, D.F. 1893.

El Foro, sección Jurisprudencia Criminal, 7 de septiembre de 1873.

Escriche, Joaquín, Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia, Librería de Rosa, Bouret y Co., 1851, París.

Farge Arlette, *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1994.

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 2001.

Figueroa Alcántara, Hugo Alberto, "Reflexiones en torno del marco cultural de los niños callejeros", en *Encuentro latinoamericano sobre la biblioteca, la lectura y el niño callejero*, compilación de María Trinidad Román Haza, México, Centro de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM, 1998. P. 39.

Frías, Heriberto, *Los Piratas del Boulevard (Desfile de zánganos y víboras sociales y políticas en México)*, Imprenta Andrés Botas y Miguel, 1ª. Calle Bolívar, N. 9, México.

Frías, Heriberto, *Triunfo de Sancho Panza (Mazatlán), continuación de Tomóchic*, CONACULTA, México, 2004.

Foucault, Michell, *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI Editores, 2003, p. 7.

Gamboa, Federico, *¡Vendía cerillos!*,

Gonzaga Urbina, Luis, "Los niños criminales" en *Crónicas*, Prólogo y selección de Julio Torri, Biblioteca del Estudiante Universitario, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995

González Marmolejo, Jorge René, *et al.*, "Algunos grupos desviantes en el México colonial", en *Familia y sexualidad en Nueva España*, SEP, México, 1982 (SEP/80, 41), pp. 258-305.

Gutiérrez Aceves, "Imágenes de la inocencia eterna" en *el arte ritual de la muerte niña, Artes de México*, núm. 15, artes de México, 1998, p. 27.

Gutiérrez Hernández, Alejandro, *El delincuente infantil. El nacimiento de su tutelaje en San Luis Potosí siglos XIX-XX*.

Gutiérrez Nájera, Manuel, "Historia de un peso falso", En *Crónicas periodísticas Del siglo XIX. Antología comentada*. Coordinación de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2020. Acceso el 21 de julio de 2022, <http://sigloxix.iib.unam.mx/lahija-del-aire/>

- Gutiérrez Nájera, Manuel. "La Hija del Aire". En *Crónicas periodísticas Del siglo XIX. Antología comentada*. Coordinación de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2020. Acceso el 21 de julio de 2022, <http://sigloxix.iib.unam.mx/la-hija-del-aire/>.
- Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853 1876*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1996, p. 45.
- Lozano Armendares, Teresa, *La criminalidad en la Ciudad de México, 1800-1821*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Lerdo de Tejada, Sebastián, "Memorias" (fragmento) en Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México: Cal y Arena, 2004.
- Loera, Pamela, «El atentado al pudor y la violación de niños en México a través del periódico *El Foro (1873-1899)*», *Historia Crítica* [En línea], 86 | 2022, Publicado el 01 octubre 2022
- Lorenzo Río, María Dolores, *El Estado como benefactor*, El Colegio de México, 2010, p.77.
- Marrón-Peña G. Manuel, "Mortalidad materna: un enfoque histórico" en *Revista Mexicana de anestesiología*, Vol. 41, Núm. 1, enero-marzo 2018, p. 60.
- Molina, Jaime, "Santa, de Federico Gamboa: la redención trágica" en *Cicutrady*, <https://cicutrady.es/santa-de-federico-gamboa-la-redencion-tragica/>,
- Molina del Villar, América, Lourdes Márquez Morfín y Claudia Pardo Hernández (coords.), *El miedo a morir. Endemias, epidemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, México, CIESAS / Instituto Mora / BUP, 2013.
- Moreno Juárez, Sergio, "Historia de la prostitución y lenocinio en México" en *La Manzana de la Discordia*, Vol. 4, Núm. 2, julio-diciembre, 2019, pp. 206-211.
- Navarrete Pacheco, Sindia Guadalupe, *Nodrizas en "Casa de niños expósitos de la Ciudad de México". Siglo XIX*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, para el XVII Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano, Ciudad de México, 30 de septiembre de 2004.
- Negrín, María Eugenia, *En el limbo decimonónico. El niño y sus espacios en la narrativa mexicana*, Editorial Académica Española, p. 263.

- Obregón, Gonzalo Jr. *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcaínas)*, El Colegio de México, México, DF, 1949, p. 137.
- Olavarría y Ferrari, Enrique De, *Reseña Histórica del... Colegio de la Paz*, México, 1889.
- Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, p.59.
- Pérez Toledo, Sonia, "Artesanos y gremios de la ciudad de México: una desaparición formal y una continuidad real, 1780-1842", en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, p. 223-244, p. 234.
- Pérez Toledo, Sonia, "El trabajo femenino en la ciudad De México a mediados del siglo XIX", en *Signos Históricos*, Núm. 10, julio-diciembre 2003, p. 82.
- Pesado, José Joaquín, "El amor frustrado" en *Novelas cortas de varios autores*, Imprenta de V. Agüeros Editor, Cerca de Santo Domingo No. 4, México, 1901,
- Plumed Domingo, José Javier y Enric J. Novella, "Suicidio y crítica cultural en la medicina española del siglo XIX", en *Dynamis*, vol. 35, núm. 1, 2015, p. 62.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana por la Academia Española*, Imprenta de Don Manuel Rivadeneyra, Madrid, 1869.
- Reynoso, Alejandra, "Una patología social hereditaria: el suicidio en la Ciudad de México, 1876-1910", en *Signos Históricos*, Vol. XXI, núm. 37, enero-junio 2017, p. 99.
- Ríos Zúñiga, Rosalina, "De huérfanos del reino a huérfanos de la patria. El colegio de San Juan de Letrán de México y la atención a la orfandad (1822-1867)" en *Debates por la Historia*, Vol. 8, Núm. 2, Universidad Autónoma de Chihuahua, acceso el 22 de julio de 2022, <https://www.redalyc.org/journal/6557/655769221006/html/>.
- Roumagnac, Carlos, *La prostitución reglamentada. Sus inconvenientes, su inutilidad y sus peligros*, México, Tipografía Económica, 1909, p. 6, 29.
- Sánchez Calleja, María Eugenia, "Niños abandonados, Ciudad de México, finales del siglo XIX y principios del XX" (Tesis doctoral, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2011), p. 66.
- Sosenski, Susana, "Niños y jóvenes aprendices. Representaciones en la literatura mexicana del siglo XIX" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 26, 2003, p. 49.
- Sosenski, Susana, *Niños en acción, el trabajo infantil en la Ciudad de México, 1920-1934*, El Colegio de México, México, 2010

Speckman Guerra, Elisa, "Infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884- 1910)" en *De Normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina 1850- 1950*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005.

Vázquez García, Francisco, *Pater infamis. Genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2020.

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Secretaría Ejecutiva

Control escolar

Ciudad Universitaria a 06 de mayo de 2024



ASUNTO: Voto aprobatorio

**DRA. DULCE MARÍA ARIAS ATAIDE
DIRECTORA GENERAL DE SERVICIOS ESCOLARES
DE LA UAEM,
P R E S E N T E.**

Los suscritos Catedráticos se dirigen a Usted con el fin de comunicarle que, después de haber revisado la tesis titulada: REPRESENTACIÓN DE LA INFANCIA EN LA LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XIX, que presenta el pasante de la Licenciatura en Historia el C. Hernández Vergara Víctor Refugio (10015970), consideramos que reúne los requisitos que exige un trabajo de esta especie, por lo que hacemos saber nuestro **VOTO APROBATORIO**. Teniendo como directora de tesis a la Dra. Beatriz Alcubierre Moya, con la siguiente designación de jurado:

Nombre	Sinodal	Firma
Dr. Carlos Agustín Barreto Zamudio	Presidente	<i>electrónica</i>
Dra. Beatriz Alcubierre Moya	1er. Vocal	<i>electrónica</i>
Dra. María Victoria Crespo	Secretaria	<i>electrónica</i>
Dr. Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo	Suplente	<i>electrónica</i>
Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez	Suplente	<i>electrónica</i>

Atentamente
Por una humanidad culta

[firma electrónica]

PSIC. AKASCHENKA PARADA MORÁN
Secretaria Ejecutiva

C.i.p. – Archivo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento firmado electrónicamente de conformidad con el ACUERDO GENERAL PARA LA CONTINUIDAD DEL FUNCIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA PROVOCADA POR EL VIRUS SARS-COV2 (COVID-19) emitido el 27 de abril del 2020.

El presente documento cuenta con la firma electrónica UAEM del funcionario universitario competente, amparada por un certificado vigente a la fecha de su elaboración y es válido de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ESTADO DE MORELOS emitidos el 13 de noviembre del 2019 mediante circular No. 32.

Sello electrónico

CARLOS AGUSTIN BARETO ZAMUDIO | Fecha:2024-05-06 18:47:01 | FIRMANTE

JPWA04f8wRRyWC5oxYBz048s+GR5W35dLvMa9eBgX+DU342toRO6c1wkKSUukvBAILtFc0otrdZbSnp8DAeMUIh+vQzkRmmqEj3NZDWPfH3shSglvgGihJM6VXGDyZQYxh
xrvQK49A9NmpbFUEGHf26f0MSPnxrsMukEucBTmL1HWMd/1WmHtSAID0YpN/0S+Dq2GyyWoUI7f/B9rPcFDuQKnPR6W5jAwviJU22GtKkluxcG+FRPrT3xLAPVL05Njr9pAC
CPBurw1DQ5fo1nbdM7aW6kbbmotqz/cee1pgKEpxOdek1ZbN9fDWrE4WoNmb7Y4jXGDbxMsawerxCw==

ROBERTO CARLOS MONROY ALVAREZ | Fecha:2024-05-06 21:39:26 | FIRMANTE

KOKNzyTyWV6jXqKe5NkpT7othYJ1fjZMj9ATMsfqIF5jEm+pqKcMSscR3bY9BkLEozZRT4FPt9d5yliQ2xN4DGmNcpdHUgA9AgZlomnGzcz/d/djK+KfDk7B3c7roiVM5xIVmSsVU
8fjMRd6ALu8+PG0xgqeG8G6D+/8hWdT64FFVIm8qVksvSsjGpvzUCS2VoGsuZvR6mWSGztH7ENM5i76bwg9Zy12A8PNQlqjOBLBk+OhuNjjBjondQ9fLcCqGI4GjolkxMRSb1
ngWJMd/tlyytOmvV9MdnJ48KBPdUC2oorZ7WchXP98dqZbY1wJmBhRa65133JDfOaKOW==

AKASCHENKA PARADA MORAN | Fecha:2024-05-07 09:17:34 | FIRMANTE

KJPMhZT+w+HrxGgBI8ZoPKb3zavs34eJGv3KNR/T7WMgzhXVhyX4w+rkt+qZ2Ldol7jWzkdEw5Iz4vEh5c4GtGpav+XejFdJlHeCe/2IYT5fjvzoQr/WrEaLi5+3Uig37ThwzBLDzD
KbMavECIDNxDedkpdXlxqh5Mouw81sYjZhugqdKxi89qeYYohSkDE7ipCcqCO0byEMdwNLBq4F1HYCt7XvpVvr3EjhcCcdWuMARU1kaFr8JomMr+f7ko/ufRjOLy9p0OgH7FpK/
gAErVdsiv9pMTnr1KUwJhkXw66MoR/BkohmGP+wGrnh75msbzz5edoqMIAD20SUg==

BEATRIZ ALCUBIERRE MOYA | Fecha:2024-05-07 14:47:33 | FIRMANTE

JaFwCsd5TiWXWanRcRVANhsqJfPaRp5rRj5FhCwZ791HwHCzJyEsWMWuY6lcc3c0Mjcg2i27HuSA+50Cbjtd/eKnD188vHOMfBWLwfbgnme2i3zpnVfHswXi9a+dybBNvISFP
1z+ZhCm6o5TnSE26cEtVGLaUhpjsly5P1ldUvHkZK20c52ZiSIdoUJxq5wCuzdhQP7h+sp2ANdYH1juUo0NRN90LYD/OOK/0sTST11JGfUOoxyYvV4taGeUXyqdHt9y1d5fkYWXR2
dOCmfBdiqZzo2fTYq1w72laoK5jjskUvEjBBZuqhW1UehD+vpVcnrfq/J09/MPWM/QiLKxRA==

MARIO JOCSAN BAHENA ARECHIGA CARRILLO | Fecha:2024-05-07 16:45:50 | FIRMANTE

IKtm7xTF4F4e85GllwSBqHLjIMDP/ZKaT1VhsKBVkvhZmJOZa8aTx5qTaSIBHpg3G3L55YT/+ihaCHHamiDdmO6AtMWta+2L53LKBXjBzKH+5dP0bB7HU2pgGBQEiw4ULt+E6H
M+a2Z0fWXFS82XgM1Q6TzY2pyo12rbCTWrsWa8rNqbDUcpRmfMURDk6ivQJWjXJVGdmmz49PIBTpob7MDXrOFxM43wCnXsJRbS31GibfB2EL+dS4/vQj4UKOFbeBq1
+nVSTKKRzek8ArJChZdkcOHyHfWkb26fEtZV/ByWrXS2SidzybWzR749hQnunkUDfn6BSq8+CQ==

MARIA VICTORIA CRESPO | Fecha:2024-05-07 18:42:37 | FIRMANTE

VtvSg31ilPmWwAvMJWbS9USqhHk1RapTZvq58BkoPjhFw+F3TySLvxQlZNIInkrK93+KkpF7IKMBg2B2JH3gOw5x73oNA6i6ntp8YcsBbvNr+dENb2r96EvF4wUQEaOeicfsz0Cd
AGL0DQqjUjskinF6Lnob09+3VFJNmUF3clA6prObFbLUAOXhfBEvAD033mpCWZvGFRDa0zAfG8N70zOvmNaL1rRargQhURuU/zq2sFhnYL/9Af7/Jr9ruxxZhHC8mTXIW1jUS
GYyBEX/oGMbhY4wEODKYCg7//cP44rHZWOQIShCLONvFpGLIYjOjemhmO7WJ83t1eSQdQ==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o
escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:



Hqm09b8L7

<https://efirma.uaem.mx/noRepudio/91QaG95k1VxW3FNRIYVGF3ia8POHm3ZI>



UAEM
RECTORÍA
2023-2029